

Adela R. Quiroga

**ANTECEDENTES HISTÓRICOS
PARA UN ORADOR MODERNO**

De la retórica de Tucídides:
el Discurso fúnebre de Pericles



EdiUC

Ediciones Universidad de Congreso

Quiroga, Adela Rosa

Antecedentes históricos para un orador moderno : de la retórica de Tucídides : el discurso fúnebre de Pericles / Adela Rosa Quiroga. - 1a ed. - Mendoza : Ediciones Universidad de Congreso - EdiUC, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-46441-6-9

1. Oratoria. 2. Retórica. I. Título.

CDD 808.51

Director editorial: Dr. Gustavo Made

Coordinación editorial: Ed. Lucía Gabrielli

Primera edición: 2019

©Adela Rosa Quiroga. 2019

©Ediciones Universidad de Congreso. 2019

Colón 90. Ciudad de Mendoza. CP 5500

Tel. 0054 261 4230630

ediuc@ucongreso.edu.ar

www.ucongreso.edu.ar

ISBN 978-987-46441-6-9

Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea digital, eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso del editor.



AUTORIDADES UNIVERSIDAD DE CONGRESO

Rector

Mg. Ing. Rubén Darío Bresso

Vicerrector Académico

Mg. Cdr. Emilio Berruti

Vicerrectora de Administración y Finanzas

Cdra. Irene Casati

Vicerrectora de Planeamiento

Arq. Karen Noval

Facultad de Estudios Internacionales

Decano Mg. Lic. Ernesto Lucio Sbriglio

Facultad de Ambiente, Arquitectura y Urbanismo

Decana Arq. Mariana Sammartino

Facultad de Ciencias Jurídicas

Decano Dr. Alberto Rez Masud

Facultad de Ciencias Económicas y de la Administración

Decano Cdr. Emilio Berruti

Facultad de Humanidades

Decano Dr. Gustavo Made

Facultad de Ciencias de la Salud

Director de Psicología Dr. Marcos Jofré a cargo del Decanato

ÍNDICE

Introducción	5
1. ¿Qué es la retórica?	7
2. Origen	7
4. Clases de género	8
5. Evolución de la retórica en la Atenas clásica	9
6. ¿Retórica u oratoria?	10
7. La oratoria	10
8. Discurso	12
9. División del discurso	12
10. Discursos fúnebres	13
11. Tucídides	15
12. Influencias de Tucídides escritor	16
13. Naturaleza y génesis de la obra de Tucídides	17
14. Metodología	17
15. Citas de Tucídides	18
16. Pericles	18
17. Política interna	19
18. Política exterior	20
19. El Siglo De Oro	20
20. Discurso de Pericles	21
21. Consideraciones del solemne discurso de Pericles	25
22. Conclusión	28
Bibliografía	29

INTRODUCCIÓN

Como sistema de símbolos el lenguaje pone de manifiesto nuestra capacidad innata de formar palabras, es decir, objetos verbales vinculados entre sí a través de la ligazón permanente de la sintaxis y el léxico, que nos relacionan con los otros y con el universo. Este carácter peculiar del lenguaje es fuente y garantía de su poder. La progresiva toma de conciencia y la reflexión de los antiguos griegos sobre ese poder, y algunas de las formas en que lo utilizaron, serán el objeto de esta investigación.

La lengua que hablamos, las palabras que pronunciamos, es el fruto de la larga experiencia humana que nos precedió en su uso, y esa utilización se ha enriquecido y actualizado incesantemente a través del tiempo. El griego y el latín son considerados hoy lenguas muertas, sin embargo, se prolongan en nuestras voces y tienen vigencia en nuestro lenguaje.

Uno de los rasgos relevantes que caracterizó a los antiguos griegos frente a otros pueblos de importante desarrollo cultural es el lugar de privilegio conferido a las diversas formas de intercambio verbal. Sobre el uso de la palabra, podremos escuchar los sabios discursos con los cuales Néstor, el anciano prudente, aconsejaba a los guerreros homéricos. Haciendo uso de una palabra dotada de autoridad, recurría a diversas estrategias persuasivas que el poeta forjaba para él, guiado por la intuición y la experiencia, porque la retórica como reflexión y práctica sistemática tendrá que esperar todavía más de dos siglos para nacer.

Junto con Néstor, Agamenón, Ajax y Odiseo (Ulises para los romanos) son las voces autorizadas que, por ser de reyes, son garantía de verdad. Esta palabra detentada por los soberanos, que tienen el privilegio de hablar en la Asamblea, se somete al intercambio de opiniones entre pares, y a la adhesión de los inferiores. Andando el tiempo, y en consonancia con el proceso de desacralización de la cosmovisión del hombre griego, esta palabra que inicia un diálogo restringido entre los predilectos de los dioses se establecerá en la ciudad democrática, como la palabra que faculta el intercambio igualitario entre todos los ciudadanos de la polis democrática. Pero en la épica no deja de ser una palabra privilegiada. Hesíodo (2000), señala claramente el carácter divino de la palabra que los dioses conceden a los reyes, palabra que tiene el poder de hacer cesar toda querrela: «Cuando las hijas de Zeus quieren honrar a alguno de los soberanos [...] vierten en su lengua dulce rocío y de allí en adelante las palabras fluyen de su boca como miel» (p. 9).

Homero y Hesíodo nos presentan también otro tipo de función de esa palabra privilegiada, la palabra del poeta, que celebra las glorias y las hazañas de dioses y hombres. Esta es también una palabra cualificada y poderosa. Por su solidez y permanente relación con la divinidad queda garantizado su carácter de palabra verídica y eficaz.

Mientras Hesíodo apacentaba su rebaño en las colinas de Beocia, se le presentaron las Musas y le confirieron el don de la palabra poética con toda su potencia de verdad. Fiel a ese mandato, en su obra *Teogonía* da cuenta del origen del mundo, de los dioses y de los hombres, y establece y celebra las prerrogativas y esferas de acción de cada uno. Así, Hesíodo plasma el orden del cosmos mediante la palabra.

Las hazañas de los héroes homéricos, sus luchas con otros hombres, sus gestas, sus victorias, la belleza de la muerte en el combate no son nada si no existe esa voz que las celebre y, rescatándolas del olvido, les confiera la gloria de ser rememoradas por siempre.

Grecia antigua constituye una sociedad con fuerte predominio de la oralidad. Aun cuando la escritura comenzó a desarrollarse en época temprana (podemos suponer que los poemas homéricos fueron escritos a muy poco tiempo de haber sido compuestos), la oralidad prevaleció largamente. Se calcula que a mediados del siglo V a. C., en Atenas, solamente un diez por ciento de la población gozaba del privilegio de la alfabetización (la mujer ateniense no sabía leer ni escribir).

La *poesía épica*¹ fue concebida y compuesta sin el auxilio de la escritura. Es importante destacar que los efectos de la poesía están estrechamente vinculados con los aspectos formales, entre los cuales el juego ritmado de los sonidos ocupa un lugar de privilegio. El pueblo griego de la antigüedad tenía una peculiar

¹ La poesía épica se utilizaba para cantar las hazañas de los héroes y sus historias, que acontecieron en un pasado legendario y solían transmitirse de boca en boca. Era una poesía oral, lo cual determinaba también la manera de componer los versos a cargo de cantores o aedos que se acompañaban por un instrumento musical.

sensibilidad auditiva que le permitía captar los matices sonoros más delicados, las más sutiles variaciones de los ritmos, las simetrías formales, los cuidadosos balances expresivos. Son las palabras escogidas y organizadas por el poeta en determinadas secuencias rítmicas y sonoras las que ejercen ese peculiar impacto sobre el oyente.

Con el correr de los siglos, cambia la concepción de la palabra y la del agente productor de esa palabra. Para explicarnos al menos un aspecto de este cambio nos trasladaremos a la Sicilia de mediados del siglo V a. C.; allí pequeños propietarios que habían sido desposeídos de sus tierras debieron alegar en defensa de sus derechos para recuperarlas. Surgió así la necesidad práctica de producir un discurso que resultara persuasivo, es decir, que produjera en el ánimo de su destinatario un efecto de seducción que lo inclinara a decidir a favor del peticionante. La historia de los usos de la palabra fija en esa ocasión es el nacimiento de la *retórica*. En esa circunstancia Córax y Tisias, dos diestros productores de discursos, emplearon, por primera vez de manera consciente y con una finalidad pragmática, los recursos propios del arte de la retórica, que allí estaba naciendo como tal.

La retórica viene a dar sanción oficial al uso desacralizado de la palabra persuasiva, que subyuga no ya con ocultos poderes, sino con la aplicación consciente de determinadas técnicas que el *rhetor*, es decir, el «profesional de la palabra», sabe administrar. La capacidad de persuadir se vuelve un saber que ya no es privativo de reyes o poetas; cualquier ciudadano puede adiestrarse y adquirir esa competencia. De la misma forma, todos pueden aprender de la mano de los *rhetores* el arte de argumentar sobre cualquier materia.

Este nuevo saber es requerido por la vida ciudadana, que exige del hombre común una particular habilidad en el manejo de la palabra si quiere destacarse en la vida política, ya que la polis (ciudad) democrática impone a todos los ciudadanos una activa participación en el manejo de la cosa pública.

Gorgias, el siciliano que aprendió de Tisias el manejo de los resortes que tornan poderosa a la palabra, se trasladó a Atenas, ciudad deseosa de aprender a persuadir por la palabra, y allí exhibió y enseñó su arte. En el «Elogio de Helena», escrito en el que defiende a la voluble esposa de Menelao de las acusaciones de la posteridad, dice acerca de la palabra:

La palabra es un gran soberano que con un cuerpo pequeñísimo y totalmente invisible realiza acciones divinas. Puede, en efecto, hacer cesar el miedo, eliminar el dolor, provocar el gozo, aumentar la compasión a quien escucha a la poesía lo penetra un escalofrío lleno de terror, una compasión que arranca lágrimas, [...] por efecto de la palabra el alma sufre un sufrimiento peculiar en relación con la suerte y al fracaso de hechos y personas ajenas (Platón, 1983, p. 38).

Esta aguda conciencia del poder de la palabra para provocar en el oyente los más variados estados de ánimo y para disponerlo a actuar de una u otra forma, en buena medida, se deben a las enseñanzas de los sofistas, que en este terreno se desempeñaron como maestros en el arte de persuadir.

En este trabajo se analizará a la retórica como arte de la persuasión, su origen, sus clases y su distinción con la oratoria, por ser el género que utilizó el historiador Tucídides cuando escribió el *Discurso fúnebre* que magistralmente expuso Pericles en la ceremonia de recordación de los héroes atenienses fallecidos. Tucídides, conocido como el «Padre de la Historia», será analizado en sus datos biográficos y en la composición de su obra que ha sido tomada como fuente para la presente investigación. Por ser Pericles el estadista más prestigioso del siglo V a. C., tendrá su consideración en su vida y obra política, que lo consolidó como el más destacado de su tiempo y como hombre de Estado, y le dio la caracterización a su época de «SIGLO DE ORO». Finalmente, se considerará lo que es el discurso, en especial el discurso fúnebre, para concluir con el discurso que pronunció Pericles, que dio a la ciudadanía ateniense, con motivo de honrar a sus guerreros muertos.

1. ¿QUÉ ES LA RETÓRICA?

Para poder entender apropiadamente el origen y la formación de los géneros retóricos, es indispensable empezar explicando qué significa el término «retórica», en qué consiste, dónde y por qué se inició.

La retórica es el arte o técnica de la persuasión por medio del discurso oral. Es el arte del discurso ciudadano, que se pone en práctica en el ámbito de la polis (πόλις) y que desempeña un papel decisivo en las diversas facetas de la vida pública y privada dentro del sistema democrático.

El origen del término «retórica» se encuentra en el griego antiguo ῥητορικὴ (del latín *rhētorica*, a su vez del griego *rhētorikē*, «arte de hablar en público»). Surge como un conjunto de reglas y conocimientos para adquirir una exposición convincente, y con una finalidad claramente establecida para adecuar su elaboración a ella, es decir, como arte o técnica de la persuasión, con la base científica de lo verosímil o lo probable.

2. ORIGEN

Se considera que la retórica nació en la antigua Grecia alrededor del año 485 a. de C., en la ciudad siciliana de Siracusa, debido a que Gelón (militar y político griego, tirano de Gela y Siracusa en el siglo V a. C., primero de la dinastía deinoménida) y su sucesor Hierón I expropiaron las tierras de sus ciudadanos para adjudicárselas a miembros de su ejército personal. Más tarde, con la llegada de la democracia y el derrocamiento de los tiranos, los perjudicados pretendieron recuperar sus propiedades. Esta situación provocó una serie de pleitos en los que se puso de manifiesto la importancia de la elocuencia en la obtención de las recuperaciones pretendidas.

Su origen primario no tiene ningún vínculo con la literatura, es claramente judicial (Murphy, 1988) y estrechamente relacionado con lo político: «Los tiranos habían sustraído las tierras y las habían dado a mercenarios y secuaces. Cuando se reinstauró la libertad, se instaló la palabra pública y libre, es decir, la retórica» (Laborda, 1993, p. 12).

Ante la eficacia de la argumentación oral adecuada, Córax de Siracusa (hacia el año 450 a. C.) elaboró un sistema de comunicación para hablar ante la asamblea política o ante los tribunales con fines claramente persuasivos que se puede considerar el primer tratado de retórica. Un discípulo suyo, Tisias, lo divulga por Grecia (Albaladejo, 1991, p. 24). Algunos investigadores consideran que Tisias y Córax eran la misma persona y afirman que el primer rétor de la antigüedad sería Tisias, el Córax, o dicho de otra forma, Tisias, «el cuervo» (κόραξ, κόρακος significaba en griego antiguo «cuervo») (Kennedy, 1994, p. 34).

La influencia de los sofistas (Protágoras y Gorgias) tuvo consecuencias trascendentales porque consideraban esta disciplina, desde un punto de vista filosófico y moral, como una técnica al servicio de la obtención de un fin determinado, con independencia de la verdad.

Por eso, Platón ataca a la retórica en algunos de sus diálogos. Gorgias, en el diálogo platónico que lleva su nombre, define la retórica como «la capacidad de persuadir con los discursos tanto a los jueces en el tribunal de justicia, como a los consejeros en el consejo, como a los asambleístas en la Asamblea, así como en cualquier otra reunión de ciudadanos» (Platón, 1983). Por ello, Platón teme que, ante la seducción de la brillantez retórica, los jóvenes se aparten de la auténtica búsqueda de la verdad mediante la filosofía.

Isócrates (nacido en el 436 a. de C.) tuvo una influencia decisiva en estos momentos de configuración inicial de la retórica por su planteamiento de la prosa artística vinculada a la prosa retórica, contra las limitaciones de la sofística, y «por su programa de educación racional» (Albaladejo, 1991, p. 24). Se puede observar la relación de la retórica con la literatura desde muy temprana edad. Se trata de entender a la retórica como un arte de pensar, un arte de vivir y un arte de hablar que pueda partir de una base científica y combinar, sin violencia alguna, verdad, belleza, persuasión, técnica y seducción.

Estos diferentes puntos de vista, a pesar del origen científico de la retórica, dieron lugar a una valoración contradictoria del orador; para unos, negativa, como charlatán, manipulador y virtuoso de la palabra a cualquier precio; para otros, positiva, de hombre culto capaz de conjugar el saber con la expresión acertada. El enfrentamiento entre retórica y filosofía, personalizado en las figuras de Isócrates y Platón, se modera con el tiempo y Platón admite en su vejez, gracias a los escritos de Isócrates contra los propios sofistas, que «la retórica puede ser una ciencia necesaria para convencer al pueblo, aunque no le reconoce valor para la enseñanza verdadera» (Bobes, comp., 1995, p. 154).

Hay que atribuir a los sofistas una aportación fundamental en el desarrollo de la retórica y en la sistematización de sus diferentes géneros: el papel primordial que desempeña la consideración del auditorio para la eficacia comunicativa del discurso. Ellos fueron los primeros en elaborar teorías sobre el uso de la palabra y su influencia en cualquier asunto judicial, social, político o humano, partiendo de las peculiaridades del auditorio como eje central del proceso. Les importa la verosimilitud de su discurso, no su verdad (Mortara, 1991, p. 18).

Juan Carlos Iglesias Zoido afirma que en la *Historia de la guerra del Peloponeso* hay que buscar el origen de la retórica del género deliberativo, «género al que pertenecen la mayor parte de los discursos escritos por el historiador aportando un medio que permite vislumbrar las reglas retóricas de unos años que conocemos más por referencias que por pruebas palpables» (Iglesias Zoido, 1992, p. 403). Evidentemente, los límites entre un tipo de discurso y otro no estaban clarificados y no existían normas sistematizadas ni establecidas.

Fue la experiencia cotidiana de las posibilidades del uso del lenguaje, y su repercusión en los diferentes ámbitos de la convivencia, la que permitió ir desarrollando una disciplina y creando lugares y métodos comunes que irían siendo aceptados por la fuerza de la costumbre y que, a lo largo del tiempo, se han ido consolidando y convirtiendo en una ciencia y en un arte (Albaladejo, 1991, p. 11) esenciales en la comunicación. Desde la Antigüedad griega hasta nuestros días, atravesando diferentes vicisitudes a lo largo de los siglos y partiendo de diversos orígenes, la elocuencia fue una virtud cuidada en Grecia que incluso se destaca en los héroes de sus epopeyas y que, con la democracia, adquiere una dimensión fundamental para los políticos y para los ciudadanos en la demanda de sus derechos.

No es por ello de extrañar que fuera en Grecia donde los discursos –ya políticos o jurídicos– recibieran su forma concreta y se desarrollaran en sus reglas y modelos propios: los sofistas, con su enseñanza enraizada en la facultad de la elocuencia y en el debate, propugnaron la oratoria como un arte consciente que alcanzará categoría y forma literaria» (Iáñez, 1989, p. 116-117).

4. CLASES DE GÉNERO

De este modo, se han mencionado ya dos de los tres géneros clásicos de la retórica desde sus orígenes: el judicial y el deliberativo.

Luego se unió un tipo de discurso de elogio funerario en el que se trataba de alabar las virtudes del difunto y se puede considerar el inicio del tercer género retórico, el *demonstrativo o epidíctico*, que más adelante se referiría a cualquier persona, no necesariamente fallecida, o a diferentes aspectos de la vida o de la sociedad desde un punto de vista positivo o negativo.

Aristóteles, a mediados del siglo IV a. C., distinguió entre tres tipos de retórica teniendo en cuenta el receptor del discurso y su posibilidad de reacción:

- 1) Si el auditorio ha de juzgar sobre hechos del pasado en el marco de un tribunal de justicia, estamos ante la retórica forense.
- 2) Si el auditorio juzga sobre hechos que han de suceder en el futuro en el ámbito de la asamblea política, se trata de la retórica deliberativa.
- 3) Si el auditorio asiste como espectador y no como juez que ha de tomar una decisión, nos encontramos ante la retórica epidíctica, demostrativa o «de aparato».

Para Aristóteles, el público es quien determina la estructura del discurso y, partiendo de dos grupos de receptores –los que tienen que tomar una decisión sobre el tema planteado en el discurso (género deliberativo y género judicial) y los que no tienen que actuar ni decidir sobre la cuestión tratada (género demostrativo)–, realiza una clasificación tripartita de los géneros. Además, la decisión de los oyentes puede referirse a hechos pasados (género judicial), a hechos futuros (género deliberativo) o a valoraciones sobre personas o hechos pasados o presentes (género demostrativo). Por lo tanto, el momento temporal también es decisivo para la clasificación de los géneros.

Dice Aristóteles en su *Retórica*:

Tres son en número las especies de la retórica, dado que otras tantas son las clases de oyentes de discursos que existen. Porque el discurso consta de tres componentes: el que habla, aquello de lo que habla y aquel a quien habla: pero el fin se refiere a esto último, quiero decir al oyente.

Ahora bien, el oyente es, por fuerza, o un espectador o uno que juzga; y, en este último caso, o uno que juzga sobre cosas pasadas o sobre cosas futuras. Hay, en efecto, quien juzga sobre lo futuro, como, por ejemplo, un miembro de una asamblea, y quien juzga sobre sucesos pasados, como hace el juez; el espectador, por su parte, juzga sobre la capacidad del orador. De modo que es preciso que existan tres clases de discursos retóricos: el deliberativo, el judicial y el epidíctico.

Lo propio de la deliberación es el consejo y la disuasión; pues una de estas dos cosas es lo que hacen siempre, tanto los que aconsejan en asuntos privados como los que hablan ante el pueblo a propósito del interés común. Lo propio del proceso judicial es la acusación o defensa, dado que los que pleitean forzosamente deben hacer una de estas cosas. Y lo propio, en fin, del discurso epidíctico es el elogio y la censura [...]. Cada uno de estos géneros tiene además un fin, que son tres como los géneros que existen: para el que delibera, el fin es lo conveniente o lo perjudicial. Para los que litigan en un juicio, el fin es lo justo y lo injusto. Para los que elogian o censuran, el fin es lo bello y lo vergonzoso... (Aristóteles, 1995, 1358 a37-1358 b8).

Así pues, al género deliberativo (*genus deliberativum*) pertenecen los discursos que se pronuncian ante una asamblea para decidir sobre la conveniencia o no de realizar lo que se propone. El orador pretende aconsejar o disuadir en términos de utilidad frente al rechazo si considera perjudicial la realización de la cuestión planteada sobre un hecho futuro. Son los discursos típicos de las relaciones sociales y políticas, elecciones de jefes, votaciones de una ley o cualquier otra decisión que sea necesario tomar con la intervención de los oyentes. En estos discursos puede haber discusión dialéctica mediante la exposición a favor o en contra de lo que se propone decidir o votar y su argumentación suele ser inductiva, es decir, de lo particular a lo general (Albaladejo, 1991, p. 55).

En ocasiones, el auditorio del discurso ya está decidido en un determinado sentido y la dialéctica disminuye considerablemente en intensidad, bien porque los receptores tengan conocimiento previo sobre lo que se les va a proponer y acudan a dar su voto favorable, bien porque los que no están de acuerdo no lo manifiesten si no lo consideran oportuno. En estos casos, el orador no hace más que afianzar la opinión compartida con el público, de tal manera que, en tal situación retórica, el discurso de género deliberativo se parece bastante al de género demostrativo al disminuir la dialéctica, aunque no deben confundirse por tratarse de géneros diferentes. Su finalidad es determinar lo útil y provechoso o lo perjudicial y dañino de la decisión que se propone aceptar o rechazar (Lausberg, 1966, p. 63-68).

El género judicial (*genus iudiciale*) es el que corresponde a las exposiciones realizadas ante un juez con el objetivo de acusar o defender algo o a alguien respecto de un asunto del pasado. Se plantea una causa para demostrar su justicia o su injusticia. Es el primer género retórico que ocupa un lugar preponderante en la oratoria griega, pues, desde sus orígenes, los juicios democráticos exigieron la exposición de discursos orales con un fin persuasivo, trayendo consigo la aparición de los primeros manuales con un tratamiento sistemático y técnico de las pautas del discurso judicial e, incluso, con una terminología muy específica, como sigue ocurriendo en la actualidad.

5. EVOLUCIÓN DE LA RETÓRICA EN LA ATENAS CLÁSICA

Los críticos modernos, sobre todo G. A. Kennedy, han planteado que uno de los principales modos de definir las diferencias entre las distintas formas de retórica que se dieron en la Atenas Clásica es plantearse cuál de los tres elementos fundamentales del acto de la comunicación –orador, discurso, receptor– es el dominante en cada momento:

a) *La retórica técnica o de los manuales*: surge a partir de las nuevas necesidades cívicas –judiciales y políticas– planteadas en Siracusa y Atenas a partir de la instauración de la democracia. Este tipo de retórica surge al centrar los *rhetores* su atención en el discurso en detrimento de factores como el emisor y el receptor. Se trata

de una retórica enormemente pragmática, preocupada por cómo presentar eficientemente un tema y por cómo conseguir convencer a toda costa sin entrar a juzgar la moralidad del orador que pronuncia el discurso ni evaluar sus posibles efectos sobre el auditorio. Es la retórica de recetas y consejos simples y efectivos que desarrollaron en Sicilia autores como Córax y Tisias y que tuvo su continuidad en Atenas a través del grueso del movimiento cultural conocido como Sofística. Su ámbito básico de ejecución fue el género judicial.

b) *La retórica sofística*: fue desarrollada por los grandes sofistas del siglo V y IV a. C., como Gorgias o Isócrates. Se trata de una retórica centrada en el orador más que en el discurso o en el auditorio, y es la responsable de una imagen del orador ideal que, gracias al prestigio ganado, lidera la sociedad hasta conseguir el cumplimiento de unos objetivos personales (la influencia alcanzada por Gorgias) o de unos ideales nacionales (la idea del panhelenismo defendida por Isócrates). Se trata de una retórica más ceremonial que activa y cívica. Se trata de una oratoria abierta a la amplificación y al refinamiento estilístico. Sus discursos, por lo tanto, pertenecen sobre todo al género epidíctico.

c) *La retórica filosófica*: comienza con las críticas planteadas por Sócrates a las dos anteriores retóricas y tiene como continuadores básicos a Platón y a Aristóteles. Reduce el papel del orador y se preocupa por la validez del mensaje emitido, teniendo especialmente en cuenta su efecto sobre el receptor. Se trata de una retórica íntimamente conectada con la dialéctica y con el análisis psicológico. Su objetivo básico es buscar el bien del auditorio en el marco de la convivencia cívica. Este tipo de retórica prestó una especial importancia al menos desarrollado de los géneros: el deliberativo.

6. ¿RETÓRICA U ORATORIA?

Interesa ahora aclarar el concepto del término «retórica» y su relación con el uso de la palabra «oratoria», porque se habla indistintamente de géneros retóricos o de géneros oratorios para referirse a los mismos géneros del discurso. Se podría decir que la retórica es el conjunto de reglas que el emisor pone en práctica para la creación de su discurso oratorio. La retórica es el arte o técnica de hablar bien y se asocia, por tanto, a la oralidad (Albaladejo, 2006).

La relación entre retórica y oralidad se hace patente en la expresión latina y española «oratoria». Las inicialmente equivalentes expresiones presentan una divergencia en la medida en que el término «retórica» se ha ido especializando para la configuración teórica de la técnica del discurso lingüístico persuasivo; mientras que «oratoria» se ha concretado en la práctica comunicativa oral propia de esa técnica, si bien se trata de una divergencia que no es absoluta, pues pueden encontrarse empleos de ambos términos como sinónimos.

La divergencia entre ambos términos tiene sus implicaciones en la asociación con la oralidad. Mientras que el sustantivo «oratoria» mantiene en exclusividad su relación con lo oral, el sustantivo «retórica», que no pierde dicha vinculación, adquiere también relación con la escritura. Puede hablarse, consiguientemente, de retórica de los textos periodísticos escritos o de retórica de los textos legales, así como de retórica parlamentaria o de retórica académica, por ejemplo, pero no puede hablarse de oratoria de los textos periodísticos escritos ni de oratoria de los textos legales y sí, en cambio, de oratoria parlamentaria o académica.

«Retórica» se presenta así como un término más amplio que «oratoria» (Albaladejo Mayordomo 1989, p. 7-8). En consecuencia, la retórica implica también la posibilidad de texto escrito por lo que se refiere a la estructuración completa del discurso y de sus géneros, tanto en su comunicación oral como en su comunicación escrita, aunque las normas o técnicas siempre se escriben para su utilización en la elaboración del discurso que se pretenda crear.

Por otra parte, hay que considerar que el uso del término «oratoria» no puede aplicarse simplemente al hecho de hablar. Todo el mundo habla, pero no es orador cualquier persona que habla por el hecho de comunicarse oralmente. Incluso se puede afirmar que no todo el mundo puede ser un gran orador por mucho que se esfuerce en comunicar su discurso con eficacia. Se necesitan unas cualidades comunicativas especiales para la práctica oratoria que, de algún modo, se acercan a la poesía (Del Río Sanz y Fernández López, 2000).

7. LA ORATORIA

La oratoria es un género literario en prosa que, como manifestación práctica de la retórica, nació alrededor de la mitad del siglo V a. C., aunque los primeros discursos elaborados literariamente no comenzaron a publicarse por escrito hasta comienzos del siglo IV a. C. Desde el principio del género se destacó su carácter práctico. A diferencia de otras manifestaciones literarias, destinadas a la instrucción o al simple deleite, la

oratoria ocupaba un papel decisivo en la vida pública de la polis y se desarrolló siguiendo el estímulo de dos figuras solidarias, la del maestro (un *rhetor* o sofista instructor en el arte de la retórica) y la del discípulo (el orador que tenía que pronunciar un discurso). Existían maestros a sueldo que enseñaban a ser oradores y que transmitían el qué, el cómo y en qué orden debían expresarse aquellos que tuvieran la obligación de hablar en público en los diferentes contextos cívicos en Atenas.

La oratoria ática se desarrolló en tres contextos diferentes:

a) El contexto legal: en la democracia radical que surgió en la primera mitad del siglo V a. C., uno de los derechos más importantes era la isonomía (igualdad de todos los ciudadanos ante la ley). Todos los ciudadanos tenían el derecho, pero también la obligación, de ocuparse de su propia defensa ante un tribunal popular. Los crímenes y delitos eran juzgados ante un tribunal que contaba con un número muy amplio de jurados (201 como mínimo), que eran elegidos por sorteo entre los ciudadanos varones de la polis. Tanto acusadores como defensores tenían que exponer sus posturas sin intermediación de abogados, a no ser que se diera uno de los siguientes motivos: incapacidad física, ser extranjero (meteco), esclavo o mujer. Incluso en los casos de asesinato, que podían recibir una condena de muerte, en los primeros años de la democracia, no existía un profesional legal, que actuara de oficio, sino que el papel de fiscal o el del abogado tenían que desempeñarlo simples ciudadanos que estuvieran implicados en el caso.

Aunque existían secretarios, no existía la figura de un juez que interpretara la ley escrita de la ciudad, que adoctrinara o que llamara la orden a los jurados. El jurado era el juez y tenía la atribución absoluta de interpretar tanto la ley como el hecho en sí mismo. No existía posibilidad de apelar frente a la decisión del tribunal. El tiempo de que disponían las partes estaba limitado por una *clepsidra* o reloj de agua y el juicio tenía que completarse en un solo día. Finalmente, la votación se realizaba en secreto. Los miembros del jurado introducían en una urna un guijarro con el que expresaban su juicio: blanco era inocente, negro culpable.

Al comienzo del sistema, a mediados del siglo V a. C., no existía posibilidad de examinar previamente las pruebas a favor o en contra por parte de los litigantes. A partir del primer tercio del siglo IV a. C. se permitió que tanto el testimonio de los testigos como las pruebas fueran presentados previamente por escrito. Antes de que este procedimiento se pusiera en práctica, los oradores tenían que estar preparados para prever posibles argumentos o para reaccionar en el momento.

La existencia de estas duras condiciones explica la necesidad que tuvieron los ciudadanos de contar con un sofista o un *rhetor* que les enseñara los rudimentos del arte de la retórica. Solo a partir de finales del siglo V a. C. surge la posibilidad de un intermediario, el *logógrafo*, que era un orador profesional que, teniendo en cuenta el talante y características personales de quien tenía que pronunciar el discurso, elabora una intervención con los datos disponibles. El logógrafo más importante fue Lisias.

b) Contexto político: estaba constituido por el ámbito de la Asamblea política, que estaba formada por todos los ciudadanos libres de la polis que contaban con el derecho de la *isegoría* o igualdad a la hora de intervenir en la política de la asamblea. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en el ámbito judicial, la necesidad de aprender a pronunciar un discurso persuasivo en este contexto no era algo imprescindible. Aunque existía la posibilidad de que cada ciudadano hablara expresando su propio parecer, era muy difícil pronunciar un discurso en este contexto. De hecho, era casi imposible preparar por adelantado un discurso.

En el género judicial los oradores podían conocer por adelantado las líneas principales de su acusación, las pruebas y argumentos básicos que iban a ser empleados por el acusador, lo que permitía una cierta elaboración del discurso e, incluso, a partir de comienzos del siglo IV, la intervención de un logógrafo que preparaba el discurso en su totalidad y lo daba a memorizar a su cliente. Sin embargo, en la oratoria deliberativa esa posibilidad apenas existía. No solo era imprevisible el desarrollo de los temas a lo largo de una sesión de la Asamblea, sino que también existía un prejuicio fuertemente asentado frente a aquellos oradores que parecían haber preparado de antemano sus intervenciones. De hecho, la intervención improvisada se consideraba como una premisa básica para juzgar positivamente la labor de un orador deliberativo. Este prejuicio se mantuvo durante todo el período democrático, hasta el punto de que tuvieron que desarrollarse técnicas para que, en aquellos casos en los que se hubiera preparado por adelantado un discurso, su ejecución pareciera improvisada.

Los principales oradores deliberativos, como Demóstenes, eran profesionales que lideraban una facción de ciudadanos. Así, por ejemplo, a lo largo de la época clásica surgieron diversos líderes que defendían intereses oligárquicos o populares. Estos oradores podían ser bienintencionados y buscar el bien de la comu-

nidad, como ocurrió en el caso de Pericles, pero también podía tratarse de auténticos demagogos, como Cleón o Alcibíades, que buscaban satisfacer sus propios intereses a costa de sus conciudadanos.

c) Contexto epidíctico: se trataba de un contexto más indefinido, en el que se desarrolló la oratoria que no era deliberativa ni judicial, destinada a la exhibición del orador, y que se puso en práctica en ámbitos privados (simposios) o ceremoniales (epitafio).

En Atenas, el siciliano Gorgias fue decisivo para el desarrollo de la oratoria epidíctica. En el año 427 a. C., al frente de una embajada procedente de Leontinos, consiguió asombrar a los atenienses gracias a discursos de exhibición como «El encomio de Helena» y «La defensa de Palamedes».

«El encomio de Helena» ofrecía una defensa de la mujer más criticada en el mundo griego, la que había provocado la Guerra de Troya. «La defensa de Palamedes» es un discurso judicial ficticio de tema mitológico, en el que Palamedes se defiende de las acusaciones que le dirige Odiseo (Ulises) de haber traicionado por oro a los griegos.

Gorgias se convirtió en una referencia para la oratoria ática, especialmente por el empleo de una serie de recursos estilísticos (antítesis, repeticiones, asonancias) e incluso métricos (la existencia de metros completos intercalados en la exposición prosística) que aproximaban la prosa oratoria a la poesía. De hecho, esas figuras tuvieron tanto éxito, gracias a la intervención del sofista, que acabaron denominándose «figuras gorgianas».

Dentro del ámbito epidíctico, también hay que incluir manifestaciones oratorias ceremoniales como son los discursos fúnebres pronunciados en honor de los caídos por la patria. El epitafio se pronunciaba dentro de un contexto ceremonial en el que un orador recibía como un honor el encargo de actuar como maestro de ceremonias. Los oradores fúnebres tenían que ajustarse a una serie de ideas y tópicos impuestos y que constituían un corpus de lugares comunes que su público esperaba escuchar. Su capacidad de inventiva se limitaba al modo en que trataba esos temas tradicionales. Así, el orador tenía que comenzar reconociendo que sus palabras no eran apropiadas para la ocasión, continuaba recordando las hazañas realizadas por sus antecesores hasta el presente momento, destacando el hecho de la autoctonía y los pasos dados hasta llegar al sistema político y social actual. A partir de ahí, el epitafio se convertía en una alabanza de las virtudes del sistema democrático. Por lo tanto, la función básica inicial de este tipo de oratoria epidíctica era incrementar el respeto hacia los valores cívicos y morales que estructuran la sociedad, e incitar, de este modo, la solidaridad y los lazos entre los diversos elementos sociales.

8. DISCURSO

En su acepción más general se emplea la palabra discurso para designar todo ejercicio de la facultad de las palabras.

Dentro del dominio del arte de la retórica, se entiende por discurso una colección de frases y razonamientos reunidos y dispuestos según las reglas del arte, con el fin de conmover o convencer, de producir una impresión en:

- Los sentimientos de los oyentes.
- Su razón.

Considerado bajo este aspecto, se agrega al sustantivo «discurso» el adjetivo «oratorio», denominación genérica que abraza todas las diferentes especies de discursos, tales como arengas, oraciones fúnebres, panegíricos, sermones, etc., los cuales se diferencian entre sí por el objeto que se proponen y por el estilo apropiado a cada uno de ellos.

9. DIVISIÓN DEL DISCURSO

La enumeración de partes más aceptada es la siguiente: exordio, proposición, división, narración, confirmación, refutación y peroración o epílogo (las partes esenciales, como acertadamente sostiene Aristóteles en la *Retórica*, son la proposición y la confirmación).

a) *Exordio*: sirve para preparar el ánimo de los oyentes, es el preámbulo o introducción.

b) *Proposición*: parte del discurso a que puede reducirse la división.

c) *Narración*: debe ser clara y completa, sencilla y natural.

d) *Confirmación*: es la principal parte del discurso, y el orador debe proponer ciertos pensamientos que inclinen el ánimo de los oyentes a que alcancen una opinión que él cree verdadera o se deciden a ejecutar una acción que tiene por justa y conveniente.

e) *Refutación*: cuando la confirmación de la tesis afirmada acompaña la crítica y censura de las opiniones contrarias o la contestación a las objeciones que a ella se oponen.

f) *Peroración o epílogo*: última parte del discurso y tienen su lugar propio los recursos del sentimiento, la fantasía y la belleza de la forma que debe llegar en ella al más alto grado de perfección, procurando que el discurso termine con una frase arrebatadora y de gran efecto.

10. DISCURSOS FÚNEBRES

Las demandas de la vida democrática, que requería que todos los ciudadanos tuvieran parte activa en la vida pública, hicieron progresar rápidamente el arte de la palabra. La oratoria de los siglos V y IV a. C. testimonia la habilidad de los *rhetores* y logógrafos, que componían elaborados discursos para ser pronunciados en los juicios que se llevaban a cabo ante distintos tribunales, ante la asamblea de los ciudadanos, en los grandes festivales ante todo el pueblo.

Una de las ocasiones privilegiadas en que los oradores podían desplegar ante todo el pueblo los recursos de su arte eran los funerales públicos.

Tras la victoria de Atenas sobre los invasores persas lograda en la batalla de Salamina, en el año 480 a. C., se constituyó una liga de varias ciudades que se unieron para conjurar el riesgo de una nueva invasión, bajo la conducción de Atenas. La derrota de fuerzas tan poderosas, como las que llevó Jerjes contra Grecia, animó a los atenienses a emprender otras campañas militares, y a emprender una política exterior de carácter imperialista. Esto llevó a Atenas a luchas permanentes con diversos Estados y debió, para sustentar sus pretensiones hegemónicas ante las demás ciudades, reforzar su identidad como polis². El hecho de anexar nuevas ciudades a su imperio y guerrear para impedir las traiciones de antiguos aliados exigía de los ciudadanos, además de la ambición conquistadora, un fuerte sentimiento patriótico y una clara conciencia de la superioridad de Atenas sobre el resto del mundo, griego y no griego. Uno de los productos de las guerras constantes que llevó adelante Atenas fue el funeral público, que anualmente se llevaba a cabo en honor de los muertos en la guerra en el transcurso de ese año.

Acerca de la ocasión y circunstancias que rodean la producción del discurso fúnebre, el historiador Tucídides nos informa lo siguiente:

Tres días antes [del entierro] instalaban una tienda en la que exponen los huesos de los difuntos, y cada persona lleva al suyo la ofrenda que quiere. Cuando tiene lugar la procesión, unos carros transportan féretros de ciprés, uno por cada tribu; los huesos están en el féretro de la tribu a la que cada uno pertenecía. Sigue luego una litera vacía en honor a los que no han podido ser hallados al recoger los cadáveres. Todos los que lo desean, tanto ciudadanos como extranjeros, pueden participar en el cortejo, y las mujeres de la familia están presentes en el entierro profiriendo sus lamentaciones. Los depositan luego en el más bello arrabal de la ciudad [...]. Y cuando los han cubierto de tierra, un orador designado por la ciudad, que sea considerado hombre de no escasa inteligencia y que sobresalga por su reputación, pronuncia en su honor un discurso adecuado (Tucídides, 2000, p. 87).

Platón, en el Menexeno, se refiere en otro tono a la misma coyuntura:

Sócrates: ¡Por mi vida, Menexeno, parece que hay muchas ventajas en morir en la guerra! Uno consigue una bella y magnífica sepultura, aun cuando uno haya acabado sus

² Polis: del griego πόλις, romanizado como pólis –plural póleis–, y en español tiene voz con plural invariable. Es la denominación dada a las ciudades-estado independientes de la antigua Grecia, surgidas en la Edad Oscura mediante un proceso de agregación de núcleos y grupos de población.

días en la pobreza; y además, aunque uno carezca de valor, se os hacen elogios a cargo de doctos personajes, que hacen sus alabanzas no al azar, sino en discursos preparados con un largo trabajo. Sus alabanzas son tan bellas que embrujan nuestras almas. Celebran la ciudad de todas formas; los muertos de la guerra, todos los antepasados que nos han precedido e incluso nosotros que estamos en vida, somos glorificados por ellos, de tal manera que, por mi parte, Menexeno, ante sus elogios me siento en las más nobles disposiciones; cada vez me quedo a escucharlos como encantado, figurándome momentáneamente que he llegado a ser más grande, más noble, más bello [...]. Y yo conservo esta dignidad más de tres días: las palabras y el tono del orador penetran en mis oídos con una resonancia tal, que con dificultad al cuarto o quinto día vuelvo sobre mí y recobro la conciencia del lugar en que estoy, hasta aquel momento falta muy poco para que yo crea vivir en las Islas de los Bienaventurados. ¡Así son de hábiles nuestros oradores! (Platón, 1983, p. 98).

Como vemos, el Sócrates de Platón hace alusión al hechizo provocado por los recursos poéticos y retóricos del discurso.

Es altamente probable que el discurso fúnebre como institución de la ciudad se haya consolidado tras la victoria de los griegos sobre el Imperio Persa. Se han perdido sus primeras manifestaciones, pero la tradición ha conservado algunos que evidencian el grado de elaboración de estos discursos, así como los rasgos comunes del género. Gorgias, Lisias, Hipérides, Demóstenes son exponentes de la vitalidad del discurso fúnebre en los siglos V y IV a. C.

Por su parte, Tucídides nos transmitió el discurso que pronunció Pericles en honor de los muertos en el primer año de la guerra del Peloponeso.

En todos estos discursos se observa una estructura que les es común: el exordio en que el orador se justifica y justifica su discurso; elogio de los caídos, que da pie para el largo desarrollo de las virtudes de la ciudad democrática que los educó y finalmente consejos y consolación a los sobrevivientes.

En el marco de esta estructura se desarrollan temas que resultan recurrentes. La desproporción entre la magnitud y cantidad de las hazañas de los muertos y el escaso tiempo de un discurso para celebrarlas; la ineptitud del orador para brindar a los caídos el homenaje que merecen; la exaltación de la democracia como sistema de gobierno que sustenta una educación y un modo de vida que hacen posible alcanzar el mayor desarrollo del espíritu y de las virtudes de los ciudadanos; la autoctonía de los atenienses como garantía de igualdad de todos los ciudadanos, y a su vez como rasgo distintivo de excelencia frente a otros pueblos que fueron trasplantados; los dones que le fueron otorgados por los dioses a la tierra del Ática; las luchas históricas y legendarias en las que se empeñó Atenas para liberar a toda Grecia y las ocasiones en que acudió en ayuda de poblaciones más débiles son temas predilectos del discurso fúnebre, que se constituyen en tópicos o lugares comunes.

De manera que el enterramiento de los guerreros muertos es una ocasión para que el pueblo de Atenas escuche la reiteración de los elogios de la ciudad de la que forma parte, porque el destinatario de estos discursos es, precisamente, cada uno de los integrantes del cuerpo cívico cuya alabanza entrelaza el orador. Muchos de los oyentes, seguramente, habrían participado en los hechos de la guerra de la Atenas histórica; sin embargo, esto no es obstáculo para que la verdad aparezca sesgada en aras de mejorar la imagen de Atenas a los ojos de los mismos atenienses. Incluso hoy sabemos que no es verdad que Atenas haya luchado siempre sola, por ser la única entre todos los pueblos griegos por su valentía en defensa de sus ideales. Tampoco es verdad que los ciudadanos son elegidos para ocupar cargos públicos solamente por sus méritos; se omite, por ejemplo, el hecho de que hay cargos que se ocupan por sorteo; se insiste en la unidad del cuerpo cívico, cuando Atenas está lastimada por las disensiones internas. Resulta evidente que la imagen de la ciudad que ofrecen los discursos fúnebres no es fiel reflejo de la realidad, sino más bien la imagen de la ciudad que los atenienses quisieran constituir.

El poder político recurre a los mitos para reforzar la unidad del cuerpo social y afirmar su propia legitimidad. Cada orador se vale de esta potencialidad del mito y se ampara en las imprecisiones del lenguaje, pasa en silencio los aspectos menos defendibles de la ciudad, o directamente se aparta de la verdad histórica, para presentar a Atenas y hacerla lucir como la más favorable. Porque la palabra del orador, es una palabra que insta una verdad, es autoritativa, indiscutida, y aparece más ligada a antiguos moldes de pensamiento propios de la aristocracia que a la palabra que se hace diálogo igualitario en la democracia.

Las hazañas de los atenienses, las míticas y las históricas, adquieren un carácter intemporal y resultan intercambiables: las victorias sobre las amazonas, los tebanos y los persas aparecen en distintos discursos con el mismo valor: exaltar la conducta heroica y la naturaleza democrática de Atenas en contraste con otros pueblos, particularmente con Esparta.

Los funerales cívicos en los que tenía lugar el discurso constituían una nota distintiva de los avances de la democracia sobre las prerrogativas de las familias aristocráticas. Pero pese a ser este discurso una parte importantísima dentro de una celebración comunitaria que servía de expresión a la pretendida igualdad entre los ciudadanos, y pese a que el elogio de los muertos queda relegado por la glorificación de Atenas, en su seno se reproduce la puja siempre vigente en la ciudad entre la aristocracia reaccionaria y las facciones políticas más progresistas. Las palabras que buscan sobresalir en estos discursos reflejan la lucha por el poder y convierten al epitafio en el escenario de esa contienda.

11. TUCÍDIDES

Pocos son los datos que sobre la vida de Tucídides se conocen, y casi todos los conocidos son los que sobre sí mismo escribe en su obra.

Sabemos que nació en Atenas, era hijo de Oloro y pertenecía a una familia aristocrática ateniense, pues él mismo se llama ateniense (Tuc. I 1). Por el nombre de origen tracio de su padre, se ha querido ver una relación entre Tucídides y la familia de los Filaidas, a la que pertenecía Cimón –cuyo abuelo materno también se llamaba Oloro–, quien se oponía al imperio naval ateniense tal y como propugnaba Pericles.

Su padre era un propietario de minas y su madre pertenecía a la nobleza Tracia, por lo que recibió una esmerada educación. En 430 a. C. enfermó durante una epidemia, pero logró sobrevivir milagrosamente.

Como, según la ley ateniense, era preciso tener más de treinta años de edad para ser elegido estratega (nombre usado en Grecia para designar al general o comandante en jefe de un cuerpo militar terrestre; se llamaba también así a los magistrados de la Antigua Atenas. En los imperios helenístico y bizantino también servía para describir a un gobernador militar), y debido a que Tucídides participó como estratega en el sitio de Anfípolis, en el 424 a. C., es preciso que Tucídides naciera con anterioridad al 454 a. C. Tal nombramiento para una acción en Tracia se debió a la influencia de Tucídides entre los personajes más destacados de Tracia –recordemos su posible origen–, donde además tenía adjudicada la explotación de unas minas de oro.

Educado en el seno de una familia aristocrática, frecuentó las escuelas de la sofística a juzgar por su estilo, su lengua y su pensamiento. En el 424 a. C., durante la guerra del Peloponeso, fue nombrado estratega de la ciudad de Atenas, confiándosele el mando de una flota encargada de romper el asedio de Anfípolis, en Tracia. Fracasó en dicho intento y la ciudad cayó en manos del general espartano Brásidas, por lo que fue condenado al exilio veinte años, tras una previa condena a muerte por rebeldía, en el año 423 a. C., hasta el final de la guerra.

Fue el destierro el que le sugirió la idea de historiar y narrar los acontecimientos de su guerra contemporánea, ya que tenía acceso a lo ocurrido en ambos bandos, con cierta calma e imparcialidad.

Como fecha de su muerte se suele tomar como término el «Elogio a Arquelao de Macedonia», que falleció en el 399 a. C., elogio incluido en su obra.

Tucídides innovará al introducir la crítica histórica de las ideas políticas, los acontecimientos, las causas profundas y los detonantes externos del conflicto entre griegos con una mezcla de objetividad. Recibió el título de «Padre de la historia», por el enfoque político que le dio a su historia. A partir de su destierro, dedicó su tiempo a la redacción de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, una obra fundamental en la historiografía antigua, que le ha valido ser considerado como uno de los más grandes historiadores, pues, a diferencia de otros de su tiempo, basa su narración en los acontecimientos, sin hacer intervenir en ella a los dioses; todo cuanto ocurre se debe a los actos de los hombres.

Cuando trazó el programa de su historia, definió que no pretendía narrar los acontecimientos de la guerra exclusivamente, sino que pretendió plasmar lo que para él era lo más importante: las ideas políticas de ambos bandos, de los protagonistas de la guerra, en cada momento de la guerra y de la paz, incluyendo aquí la paz de Nicias.

Por ello, para dar una perspectiva política a su obra, utiliza dos recursos: la crítica que hace a lo largo de todas las obras y los discursos de los distintos dirigentes políticos de ambos bandos en cada momento; es así como dibuja los planteamientos políticos, aunque no sabemos con cuánta fidelidad a la realidad, o si bien están hechos a posteriori en función de su propia subjetividad y de la finalidad de su obra. En los discursos se reflejan personajes favorecidos por la crítica de Tucídides, como Pericles, y quizás ello se deba a la proximidad de ideas políticas de Tucídides y los distintos protagonistas.

Al mismo tiempo busca en cada acontecimiento y en el conjunto de la guerra en sí misma la causa profunda; de hecho, gran parte del Libro I desarrolla lo que para él son causa profunda del conflicto, por un lado, y, por otro, sus detonantes externos, derivados, no obstante, de la causa profunda: la expansión del imperialismo de Atenas y, encadenado a esto, el conflicto de Corcira, el conflicto de Potidea y el decreto megárico.

Relacionado con tal concepto están todas las alusiones y meditaciones que Tucídides va haciendo sobre el poder: su mayor preocupación como político y militar es analizar el fenómeno del poder, del imperialismo y del hecho revolucionario. Para nuestro autor la ambición de poder es un impulso innato de la naturaleza humana y es este el que, como motor de los impulsos humanos, explica la conducta de los estados en la idea de que el débil está dominado por el fuerte. Por ello la *Historia de la guerra del Peloponeso* es la historia del intento de conservación y aumento del poder imperialista de Atenas, resultado de un plan prefijado de expansión imperialista y excusado en el temor del propio imperio a perder su poder a manos de potencias rivales. Por esto, el imperialismo es el centro focal de la reflexión de Tucídides en boca primero de los grandes políticos atenienses (Pericles, Cleón, Nicias y Alcibíades), con las matizaciones y precauciones de cada uno de ellos, y después de los principales personajes del bando contrario (Hermócrates, Arquídamo, Brásidas), con sus temores e individualismos, con la idea subyacente de que la gran beneficiada de la guerra fue Esparta.

La madurez de Tucídides coincidió con el desarrollo de la guerra: al comienzo de esta (431 a. C.) debía de rondar la treintena. Es gracias al destierro de veinte años cuando decide contar y analizar la historia de lo sucedido, ponerla por escrito con la intención de ser leída con espíritu crítico (*xyngrafeîn*), no para ser escuchada por un auditorio: contar cómo se han producido y quiénes fueron los participantes desde el punto de vista propio, como partícipe durante un tiempo y después como su observador, y desde el punto de vista inmediato de gentes que participaron en sus avatares, y con el análisis del semblante psicológico y político de sus grandes personajes mediante no ya la narración, sino mediante los discursos.

Es el primer autor que escribe una historia sobre hechos contemporáneos y por ello se constituye como principal fuente histórica de dicho período –junto con escritores como Eurípides y Aristófanes que en sus piezas teatrales incluían alusiones, burlas, noticias y críticas sobre la guerra–, aunque de un modo incompleto, pues murió al parecer antes de poder acabarla. Solo Jenofonte, Cratipo, Teopompo y las *Helénicas de Oxirrinco* continuaron el relato donde aquel lo dejó, pero con una menor calidad, con una mayor falta de testimonios y documentos inmediatos y con la ausencia de la concepción histórica tucidéa.

12. INFLUENCIAS DE TUCÍDIDES ESCRITOR

Como escritor Tucídides es heredero de la sofística ateniense y del espíritu de esta ciudad, así como de las corrientes científicas y filosóficas del momento. Cómo se muestran estas corrientes e influencias en el autor es fácil de indagar.

Una tendencia del espíritu filosófico y político ateniense de la época es la preocupación por el presente, de ahí el giro total de la concepción histórica de Tucídides respecto a la historiografía anterior. Al mismo tiempo, el gusto ateniense por la preocupación humana como ser social, por su conducta privada –su moral– y su conducta pública –su política–, se traduce en la búsqueda de la historia política y humana alejada de toda influencia divina y de la historia legendaria.

La vida y la historia se manifiestan como el encadenamiento de circunstancias naturales y materiales junto con los hechos humanos.

13. NATURALEZA Y GÉNESIS DE LA OBRA DE TUCÍDIDES

Su Historia está dividida en ocho libros, y su finalidad es contar la guerra del Peloponeso. Una síntesis podría ser la siguiente:

- Libro I. Afirmación de la superior importancia de esta guerra respecto a las anteriores. Recorrido por la historia primitiva de Grecia. Exposición de su metodología histórica. Antecedentes de la guerra.
- Libros II, III, IV y V. Guerra Arquidámica, que recibe el nombre del rey espartano Arquidamo. Invasión del Ática por los espartanos (431 a. C.) hasta la Paz de Nicias. Tregua y reanudación de la guerra.
- Libros VI y VII. Expedición a Sicilia de los atenienses. Desastre ateniense.
- Libro VIII. Descripción de la segunda etapa de la guerra, hasta el - 411, en que se interrumpe, quizá porque al autor lo sorprendió la muerte antes de terminar la redacción final.

14. METODOLOGÍA

Tucídides se dedica a exponer parte del método seguido para la elaboración de su obra, todo el emparejado con la sofística, filosofía y ciencia. El método indica que la narración consta de dos elementos básicos: discursos y narración de hechos, con la mayor objetividad en la medida de lo posible para acercarse a la realidad de lo sucedido.

Hay discursos que realmente Tucídides sí pudo oír, pero no son la mayoría (los de fuera de Atenas antes de su destierro y los de Atenas durante este tiempo). Al mismo tiempo ofrecen un aspecto muy sintomático: presentan analogías de estilo y pensamiento con fórmulas que se repiten casi a modo de correspondencias. A su vez, discursos de personajes que no gozaban de la simpatía de Tucídides (Cleón, por ejemplo) son pesados, mientras que discursos de los personajes favoritos de Tucídides (Pericles o Alcibíades) son más amenos y ágiles. Por tanto, al margen de que fueran auténticos o reelaborados, han sufrido la actuación de un criterio estilístico al tiempo que están todos ellos escritos en ático, lo que hace sospechar en cierto modo de la objetividad de Tucídides. No obstante, hay que tener en cuenta que, como ha indicado De Romilly (1997), el criterio de objetividad en Tucídides no se basa tanto en distinguir lo verdadero y lo falso, sino en distinguir con inteligencia y con elección lo que cuenta y lo que no cuenta, lo importante y lo insignificante.

Otro dato que lleva a pensar en la reelaboración de los discursos es que la duración de estos en el ágora era mucho mayor que la extensión que los discursos tucídideos presentaban: al parecer lo que Tucídides habría hecho es concentrarlos para hacer de ellos unos discursos para ser leídos y no para ser escuchados.

Con todo, la variedad de los discursos es muy grande: los hay encomiásticos, como el elogio fúnebre de Pericles y el discurso en honor de este; los hay deliberativos, como los de la conferencia de Esparta o la de Camarina; los hay dialogados, uno solo, entre embajadores melios y atenienses y, por último, están las arengas de los generales y estrategos a los soldados.

Respecto a los hechos, Tucídides dice en su programa que se ha limitado a una crítica profunda recibida de los mejores testigos. Algunos eran de primerísimo orden y muy famosos, como Alcibíades, pero siempre pasando por el tamiz de su objetividad. Tucídides selecciona lo que, a su juicio, es historiable de los hechos y lo acontecido, lo que siempre es importante para él y el objetivo de su obra, aunque en ocasiones también lo que calla es importante. No obstante, de lo que calla da parte por consabido y conocido y, al mismo tiempo, enfatiza lo que es de gran trascendencia.

Si Tucídides ha perdurado a lo largo de los siglos como modelo de historiador y de prosista, debe su éxito a la originalidad de su prosa y la peculiaridad de su estilo, en parte único y en parte modélico para la posterior prosa ática.

El carácter del léxico, a pesar de ser historiador y prosista, se caracteriza por ser muy poético, toma términos y construcciones típicas de la poesía, al tiempo que carga determinados pasajes con dramatismo, plagados con un ritmo prosístico muy distinto del habitual, adoptando y adaptando para ello palabras de poetas como Homero y los dramáticos, o tomando palabras y términos de la prosa jonia, e incluso creando él mismo nuevos términos y expresiones. Es notorio que términos normales aparecen utilizados con distinta sig-

nificación en Tucídides y solo en él, ya ningún otro autor utiliza tal acepción, y términos que solo aparecen recogidos en Tucídides, bien por primera o única vez. Esto nos puede dar idea de un rasgo de Tucídides: la precisión de su vocabulario y la riqueza de matices de su lengua.

La forma de escribir historia por tanto está basada en lo que se ha visto y se puede escribir. La estructura que tomará será:

- *Logoi*: discursos. No es realmente lo que dijeron los personajes, sino que son reconstrucciones aproximadas de lo que pudieron decir.
- *Erga*: acontecimientos. Primero se apoya en lo que han visto los testigos, los interroga hasta estar seguro de lo que en realidad ocurrió y luego se apoya en pruebas jurídicas.

En su obra, escrita con gran rigor y muy prosaica, analiza los hechos, yendo más allá de lo anecdótico para buscar las motivaciones personales de los protagonistas de los hechos, sus ambiciones y sus temores, sin ocultar, sin embargo, su admiración por algunas posturas políticas. Intenta que prime la objetividad.

15. CITAS DE TUCÍDIDES

«La fortaleza de un ejército estriba en la disciplina rigurosa y en la obediencia inflexible a sus oficiales».

«Los hombres pueden soportar que se elogie a los demás mientras creen que las acciones elogiadas pueden ser ejecutadas también por ellos; pero en caso contrario sienten envidia».

«Reconocer la pobreza no deshonra a un hombre, pero sí no hacer ningún esfuerzo para salir de ella».

«Recordad que el secreto de la felicidad está en la libertad, y el secreto de la libertad, en el coraje».

«No es el debate el que impide la acción, sino el hecho de no ser instruido por el debate antes de que llegue la hora de la acción».

«Quien puede recurrir a la violencia no tiene necesidad de recurrir a la justicia».

16. PERICLES

Pericles, nacido hacia 495 a. C., murió en el 429 a. C., pertenecía a la vieja aristocracia ateniense, tanto por línea paterna, pues era hijo del general Jantipo, del linaje de los Bouzyges (cuyos orígenes se remontaban al periodo de los reyes legendarios, fue el artífice de la victoria helena sobre los persas en la batalla de Micala [479 a. C.]), como por parte materna, ya que su madre, Agaristé, fue sobrina del prestigioso legislador ateniense Clístenes y miembro de la familia aristocrática de los Alcmeónidas. A pesar de su noble ascendencia, fue educado dentro de la tradición democrática; su tío materno, Clístenes, apoyó los principios de la legislación de Solón y se opuso a la tiranía de los Pisistrátidas. Este hombre consiguió, con el apoyo de la burguesía, instaurar la democracia en Atenas. Desde su infancia fue un niño tímido, prefería dedicarse a la lectura y huir de las apariciones públicas.

Cuando Pericles llegó al poder, Atenas ya llevaba veinte años de tradición democrática. Pertenecía al partido popular, encabezado por Efiltes, que se enfrentó al consejo del Areópago, restringiendo sus poderes abusivos y dejando en sus manos únicamente la administración de justicia en los crímenes de sangre y en los incendios provocados, y la vigilancia de los templos. En el año 461 a. C., Efiltes cayó asesinado y fue entonces cuando Pericles irrumpió en la vida pública, convirtiéndose en el máximo dirigente de la política ateniense durante un periodo de treinta años.

Pericles fue un hombre refinado, pues no solo había recibido una educación militar, sino que también contó con la instrucción de grandes maestros. Gracias a su nivel económico, aprendió música de maestros como Damón o Pitocleides. El músico y filósofo Damón fue siempre un consejero leal en su vida pública, que inspiró a Pericles lo esencial de las medidas democráticas. Otro de sus maestros fue el filósofo Zenón de Elea, perteneciente a la escuela de Parménides, e inventor, en opinión de Aristóteles, de la dialéctica. Con los filósofos Protágoras de Abdera y Anaxágoras de Clazómenas estableció una estrecha relación; se dice que de este último aprendió la claridad y el rigor, y fue el más influyente en su pensamiento.

Pericles supo ganarse al pueblo gracias a su serenidad y a su tacto político. En sus discursos primaba la elegancia y la compostura. Alejado siempre de las estridencias, dominaba su carácter, sus gestos y hasta su andar. Esto le proporcionó una clara ventaja a la hora de lograr apoyos para sus decisiones, puesto que sus intervenciones, muy puntuales y oportunas, dejaban siempre admirados a todos aquellos que le escuchaban.

Pericles se casó con una mujer de buena familia, algo mayor que él, con la que tuvo dos hijos. Jantipo, el mayor, murió en una batalla; el pequeño falleció a causa de una epidemia. Pericles se separó entonces de su esposa. Ya maduro, encontró el amor en una griega asiática, Aspasia de Mileto, con la que vivió veinte años. Esta mujer, de gran belleza, poseía una cultura notable, porque que no fue educada como era costumbre en la Atenas de la época, recluida en el gineceo, y era una hetaira (cortesana). Se convirtió en la anfitriona de la casa de Pericles, donde solían darse cita personajes como Fidias, Sócrates, Sófocles o Hipodamas de Mileto, que constituyeron el denominado «círculo de Aspasia».

17. POLÍTICA INTERNA

La principal preocupación de Pericles fue el engrandecimiento de Atenas, tanto militar como culturalmente. Para financiar este objetivo recurrió a la Liga Ático-Délica, una alianza que reunía a casi todas las islas del mar Egeo. Los fondos de esta confederación eran custodiados en la isla de Delos. En el año 444 a. C., bajo el pretexto de un ataque persa inminente, Pericles trasladó el tesoro de Delos a Atenas y dispuso de él para acometer las grandes obras de la Acrópolis.

Para llevar a cabo su proyecto se rodeó de la elite cultural del momento. Con él trabajaron artistas de la talla de Mirón (escultor que se inmortalizó con su obra el *Discóbolo* que representa a un atleta en el acto de lanzar el disco), Fidias (es el más famoso escultor griego, autor de las inmortales obras de la diosa Atenea en la Acrópolis y de Zeus en el templo de Olimpia), Scopas (intervino en la decoración del famoso Mausoleo de Halicarnaso, tumba del rey Mausolo, sátrapa de Caria, Asia Menor), Praxíteles (esculpió las estatuas de Artemisa y Hermes), los arquitectos Mnesicles, Ictino (construyó el Partenón) y Calícrates, y todo un elenco de hombres ilustres, como Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, el médico Hipócrates.

Dentro del conjunto de importantes reformas emprendidas en aquellos tiempos por Pericles destaca la consolidación de la democracia, basada en tres órganos de gobierno: el Tribunal Popular o Heliea, el Consejo de los Quinientos o Bulé y la Asamblea del Pueblo o Ekklesia.

La Bulé estaba formada por diez grupos de cincuenta ciudadanos que representaban a las diez tribus en que se dividía la población de Atenas. Los miembros eran elegidos por sorteo y renovados cada año. En este consejo se preparaban las propuestas a debatir en la ecclesia, el órgano supremo. Esta asamblea estaba integrada por los ciudadanos varones mayores de edad y censados. La asistencia era libre y remunerada. Cualquiera podía tomar la palabra, pero solía ser un reducido grupo de oradores los que intervenían, ya que la presentación de una propuesta de ley o de una enmienda que resultasen anticonstitucionales podía acarrear el procesamiento e, incluso, la condena de su inspirador. Año tras año, Pericles renovó en la ecclesia, por votación a mano alzada, su cargo de *strategós autocrátor*, general en jefe de las fuerzas armadas, obteniendo así la potestad de gobernar Atenas, tanto en política exterior como interior.

La democracia ateniense era directa y no representativa. El ciudadano no elegía a un representante que tomaba las decisiones de manera autónoma, sino que intervenía directamente en el gobierno, como si de una obligación cotidiana se tratara.

Pericles llevó también a cabo otras reformas, como el desarrollo y ampliación de la flota o la construcción de una muralla que unía la ciudad con el puerto del Pireo (los «muros largos»), mejorando así la posición defensiva de Atenas. También procuró el acceso gratuito de las clases más desfavorecidas a los espectáculos, así como la restricción de la ciudadanía a los varones nacidos de padre y madre atenienses. Esta propuesta de ley se puso más adelante en su contra porque, tras la muerte de los hijos de su primer matrimonio, el resto de su descendencia no podía optar a la mencionada categoría, dado que Aspasia no era ateniense. Finalmente, no pueden dejar de mencionarse las obras de reconstrucción y embellecimiento de la Acrópolis, emplazamiento donde se erigió el Partenón, un edificio que se ha convertido en el símbolo de toda una época.

18. POLÍTICA EXTERIOR

Gracias a su potencial naval, Atenas lideró la Liga Délica, que fue constituida como defensa ante la amenaza persa y para recuperar las islas y las ciudades asiáticas griegas conquistadas por las tropas del Gran Rey Persa. Pericles intervino en la política interna de estas localidades, en las que no aplicó el régimen democrático que imperaba en Atenas. Reprimió con dureza cualquier intento de secesión. De esta manera, logró crear el Imperio Ático.

Entre sus iniciativas coloniales, la más aventurada fue el envío de una expedición a Tarento, en el sur de Italia, para fundar, bajo la dirección del arquitecto Hipodamo o Hipodamas de Mileto, la colonia modelo de Turi.

Además de luchar contra los persas –con los que firmó, en el año 448 a. C., la paz de Calias–, la Atenas de Pericles hubo de enfrentarse a otro enemigo: Esparta, polis que rivalizaba desde siempre por el control de la Hélade. Finalmente, en 446 a. C., la paz de los Treinta Años inauguró un periodo de relativa calma en las relaciones con la ciudad vecina. En estos momentos se realizaron todas las construcciones de la Acrópolis.

Sin embargo, la tregua duró apenas quince años. En 441 a. C., Samos tuvo la osadía de atacar Mileto, la patria de Aspasia. El fracaso de la intervención diplomática puesta en marcha por Pericles forzó la apertura de hostilidades, que culminaron con el sometimiento militar de Samos. Un año después, la ciudad de Potidea, colonia de Corinto, se sublevó y la metrópoli corrió en su auxilio. Poco después, Atenas decretaba el bloqueo del comercio de Megara.

Ante tales provocaciones, la Liga del Peloponeso decidió entonces la guerra. Liderada por Esparta, emprendió una serie de expediciones que culminaron en la invasión y devastación del Ática. Por consejo de Pericles, todos los habitantes se reunieron tras las murallas de Atenas, confiando en la superioridad naval de la polis para alcanzar la victoria final. Pero la peste esquilmo a las gentes hacinadas en la ciudad. Este hecho, unido a la ruinoso situación económica, provocó la caída en desgracia de Pericles y su círculo de amistades ante los ojos del pueblo de Atenas. Todos ellos sufrieron procesos judiciales; el propio Pericles fue destituido de sus cargos y acusado de malversación de fondos públicos. Un año después, en 429 a. C., las cosas volvieron a su cauce y el nombre de Pericles fue reivindicado nuevamente. No obstante, también el político cayó víctima de la peste (tifus).

Por otra parte, la guerra del Peloponeso prosiguió. En 404 a. C. la ciudad de Atenas se vio forzada a capitular. Sus fortificaciones fueron destruidas y el Imperio creado por la polis aniquilado. Así terminó la época dorada de los atenienses.

19. EL SIGLO DE ORO

Para resumir el esplendor artístico y literario de Atenas basta enumerar los grandes nombres que ilustraron el siglo de Pericles. Entre los poetas trágicos, se cuentan Esquilo, Sófocles y Eurípides; entre los cómicos, Aristófanes; entre los historiadores, Herodoto, Tucídides y Jenofonte. El arquitecto Ictino; Calímaco, Fidias, Polignoto; Mirón, Praxistcles, entre otros.

Tucídides criticó a Pericles que hubiera empleado el tesoro de la Liga Jónica en cosas diferentes a las que estaba destinado (la guerra contra los persas), tal como el embellecimiento de Atenas. Pericles respondió que Atenas había libertado a Jonia de los persas y que, poseyendo el mar Egeo, había llenado el fin propuesto en la confederación. Se recurrió al voto del ostracismo para dilucidar la cuestión, y el pueblo votó el destierro de Tucídides.

Pericles pudo entonces llevar adelante, sin estorbo, los grandes proyectos que hicieron de su tiempo el siglo del arte y de la poesía. Hipodamo de Mileto trazó el plano de una ciudad regular en el sitio que ocupaba el Pireo; una nueva muralla paralela a la primitiva fortificación completó las defensas de Atenas por la parte de tierra; el Acrópolis se cubrió de magníficos monumentos dirigidos por los arquitectos Ictino, Calícrates, Corebo y Mnesicles, bajo la vigilancia de Fidias; al lado de las admirables estatuas de este, la pintura se elevó con Polignoto a las más altas concepciones artísticas, y así también la poesía, con Sófocles y Eurípides. Esas magníficas construcciones solo costaron tres mil talentos y doce años de trabajo (444-432 a. C.); el tesoro de la Acrópolis y los ingresos anuales de Atenas bastaron para ello, y aun pudo constituir Pericles una reserva de seis mil talentos.

Una multitud de filósofos atrajo infinidad de discípulos. Para preparar a los oradores a la elocuencia, hubo profesores de retórica, llamados sofistas, que enseñaron el arte de tratar todos los asuntos, brillando por encima de todos ellos el gran espíritu de Sócrates. Pericles podía decir con razón que Atenas era «la escuela de Grecia».

20. DISCURSO DE PERICLES

Uno de los elogios fúnebres más famosos de la historia y más brillantes de la literatura de todos los tiempos, escrito hace veinticinco siglos, pero de una actualidad conmovedora que muestra la vigencia perenne de las leyes de la naturaleza humana. Tucídides relata magistralmente el *Discurso fúnebre de Pericles*. El recuerdo de los soldados muertos en el campo de batalla se une y entrelaza al elogio de los ideales de un Estado por los que los combatientes dieron su vida.

Entre los griegos existía la costumbre ancestral de quemar los cuerpos de los caídos y sepultar sus restos en el mismo campo de batalla. Así había ocurrido en las Termópilas, en Salamina y en Platea. Pero oficialmente, una vez por año, se celebraba en las ciudades la ceremonia fúnebre: se levantaba una gran tienda y se exponían los huesos desenterrados de los difuntos, se les llevaba ofrendas, perfumes y flores; cada tribu transportaba los suyos en un féretro de ciprés (árbol consagrado a los muertos desde tiempo inmemorial), seguido de una litera vacía en honor de los desaparecidos que no habían podido ser hallados, y se depositaban en el sepulcro público situado en el más bello arrabal. Después de cubiertos de tierra, un orador designado por la ciudad en virtud de su inteligencia y reputación pronunciaba en su honor un elogio.

En el primer invierno (431-430 a. C.) de la guerra del Peloponeso, Atenas designó al gran Pericles. Cuando llegó el momento, dejando el sepulcro, avanzó hacia una elevada tribuna levantada para que pudiese ser oído por la muchedumbre y habló del modo siguiente, según el relato de Tucídides:

La mayor parte de quienes han tomado aquí la palabra en otras ocasiones han elogiado a quien introdujo este discurso en la ceremonia tradicional; según ellos resulta oportuno pronunciarlo en las honras fúnebres de los que han caído en la guerra. En mi opinión, sin embargo, sería suficiente que a hombres cuyo valor se ha manifestado en actos, también se les tributaran los honores mediante actos, tal como hoy mismo estáis presenciando en estos funerales dispuestos por el Estado; así el crédito de los méritos de muchos no peligraría al depender de las palabras más o menos elocuentes de uno solo. Es difícil, en efecto, pronunciar las palabras adecuadas en un momento en que la valoración de la realidad apenas se establece con seguridad: el oyente que conoce bien los hechos y está bien dispuesto pensará posiblemente que la exposición queda por debajo de sus deseos y de su conocimiento de la realidad; por el contrario, el que no los conoce por propia experiencia, si oye algún elogio que esté por encima de sus propias fuerzas, creerá, por envidia, que son exageraciones. Porque los elogios que se pronuncian acerca de otros solo resultan tolerables en la medida que cada uno cree que él mismo es capaz de realizar las mismas acciones que oye elogiar; pero ante lo que va más allá, los hombres enseguida sienten envidia y no lo creen. En fin, puesto que los antiguos aprobaron que esto fuera así, es preciso que yo, siguiendo la costumbre, trate de acertar en la medida de lo posible con el deseo y la opinión de cada uno de vosotros.

Comenzaré, ante todo, por nuestros antepasados. Es justo a la vez que adecuado en una ocasión como esta tributarles el homenaje del recuerdo. Ellos habitaron siempre esta tierra y, en el sucederse de las generaciones, nos la han transmitido libre hasta nuestros días gracias a su valor. Y si ellos son dignos de elogio, todavía lo son más nuestros padres, pues al legado que habían recibido consiguieron añadir, no sin esfuerzo, el imperio que poseemos, dejándonos así a nuestra generación una herencia incrementada. Nosotros, en fin, los hombres que ahora mismo aún estamos en plena madurez, hemos incrementado todavía más la potencia de este imperio y hemos preparado nuestra ciudad en todos los aspectos, tanto para la guerra como para la paz, de forma que sea completamente autosuficiente. Respecto a todo eso, pasaré por alto las gestas militares que nos han permitido adquirir cada uno de nuestros dominios, o las ocasiones en que nosotros o nuestros padres hemos rechazado con ardor al enemigo, bárbaro o griego, en sus ataques. No quiero extenderme ante un auditorio perfectamente enterado. Explicaré, en cambio, antes de pasar al elogio de nuestros muertos, qué principios nos condujeron a esta situación de poder, y con qué régimen político y gracias a qué modos de comportamiento este poder se ha hecho grande.

Considero que en este momento no será inadecuado hablar de este asunto, y que es conveniente que toda esta muchedumbre de ciudadanos y extranjeros lo escuche.

Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría, es democracia. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no antepone las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad. En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres y, del mismo modo, en lo tocante a las mutuas sospechas propias del trato cotidiano, nosotros no sentimos irritación contra nuestro vecino si hace algo que le gusta y no le dirigimos miradas de reproche, que no suponen un perjuicio pero resultan dolorosas. Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarlos, en la vida pública un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno y a las leyes, y principalmente a las que están establecidas para ayudar a los que sufren injusticias y a las que, aún sin estar escritas, acarrearán a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida.

Por otra parte, como alivio de nuestras fatigas, hemos procurado a nuestro espíritu muchísimos esparcimientos. Tenemos juegos y fiestas durante todo el año, y casas privadas con espléndidas instalaciones, cuyo goce cotidiano aleja la tristeza.

Y gracias a la importancia de nuestra ciudad todo tipo de productos de toda la Tierra son importados, con lo que el disfrute con que gozamos de nuestros propios productos no nos resulta más familiar que el obtenido con los de otros pueblos.

En el sistema para prepararnos para la guerra también nos distinguimos de nuestros adversarios en estos aspectos: nuestra ciudad está abierta a todo el mundo, y en ningún caso recurrimos a las expulsiones de extranjeros para impedir que se llegue a una información u observación de algo que, de no mantenerse en secreto, podría resultar útil al enemigo que lo descubriera. Esto es así porque no confiamos tanto en los preparativos y estratagemas como en el valor que sale de nosotros mismos en el momento de entrar en acción. Y en lo que se refiere a los métodos de educación, mientras que ellos, desde muy jóvenes, tratan de alcanzar la fortaleza viril mediante un penoso entrenamiento, nosotros, a pesar de nuestro estilo de vida más relajado, no nos enfrentamos con menos valor a peligros equivalentes. He aquí una prueba: los lacedemonios no emprenden sus expediciones contra nuestro territorio solo con sus propias fuerzas, sino con todos sus aliados; nosotros, en cambio, marchamos solos contra el país de otros y, a pesar de combatir en tierra extranjera contra gentes que luchan por su patria, de ordinario nos imponemos sin dificultad. Ningún enemigo se ha encontrado todavía con todas nuestras fuerzas unidas, por coincidir nuestra dedicación a la flota con el envío por tierra de nuestras tropas en numerosas misiones; ellos, sin embargo, si llegan a trabar combate con una parte, en caso de conseguir superar a algunos de los nuestros, se jactan de habernos rechazado a todos, y si son vencidos dicen que han sido derrotados por el conjunto de nuestras fuerzas. Pero, en definitiva, si nosotros estamos dispuestos a afrontar los peligros con despreocupación más que con un penoso adiestramiento, y con un valor que no procede tanto de las leyes como de la propia naturaleza, obtenemos un resultado favorable: nosotros no nos afligimos antes de tiempo por las penalidades futuras y, llegado el momento, no nos mostramos menos audaces que los que andan continuamente atormentándose; y nuestra ciudad es digna de admiración en estos y en otros aspectos.

Amamos la belleza con sencillez y el saber sin relajación. Nos servimos de la riqueza más como oportunidad para la acción que como pretexto para la vanagloria, y entre nosotros no es un motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza, sino que lo es más bien no hacer nada por evitarla. Las mismas personas pueden dedicar a la vez su atención a sus asuntos particulares y a los públicos, y gentes que se dedican a diversas

actividades tienen suficiente criterio respecto a los asuntos públicos. Somos, en efecto, los únicos que a quien no toma parte en estos asuntos lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil; y nosotros en persona cuando menos damos nuestros juicios sobre los asuntos, o los estudiamos puntualmente, porque, en nuestra opinión, no son las palabras lo que supone un perjuicio para la acción.

También nos distinguimos en cuanto a que somos extraordinariamente audaces a la vez que hacemos nuestros cálculos sobre las acciones que vamos a emprender, mientras que a los otros la ignorancia les da coraje, y el cálculo, indecisión. Y es justo que sean considerados los más fuertes de espíritu quienes, aun conociendo perfectamente las penalidades y los placeres, no por esto se apartan de los peligros.

También en lo relativo a la generosidad somos distintos de la mayoría, pues nos ganamos los amigos no recibiendo favores, sino haciéndolos. Y quien ha hecho el favor está en mejores condiciones para conservar vivo, mediante muestras de benevolencia hacia aquel a quien concedió el favor, el agradecimiento que se le debe. El que lo debe, en cambio, se muestra más apagado, porque sabe que devuelve el favor no con miras a un agradecimiento sino para pagar una deuda. Somos los únicos, además, que prestamos nuestra ayuda confiadamente, no tanto por efectuar un cálculo de la conveniencia como por la confianza que nace de la libertad.

Resumiendo, afirmo que nuestra ciudad es, en su conjunto, un ejemplo para Grecia, y que cada uno de nuestros ciudadanos individualmente puede, en mi opinión, hacer gala de una personalidad suficientemente capacitada para dedicarse a las más diversas formas de actividad con una gracia y habilidad extraordinarias. Y que esto no es alarde de palabras inspirado por el momento, sino la verdad de los hechos, lo indica el mismo poder de la ciudad, poder que hemos obtenido gracias a estas particularidades que he mencionado. Porque, entre las ciudades actuales, la nuestra es la única que, puesta a prueba, se muestra superior a su fama, y la única que no suscita indignación en el enemigo que la ataca, cuando este considera las cualidades de quienes son causa de sus males, ni, en sus súbditos, el reproche de ser gobernados por hombres indignos. Y dado que mostramos nuestro poder con pruebas importantes, y sin que nos falten los testigos, seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras, y no tendremos ninguna necesidad de un Homero que nos haga el elogio ni de ningún poeta que deleite de momento con sus versos, aunque la verdad de los hechos destruya sus suposiciones sobre los mismos; nos bastará con haber obligado a todo el mar y a toda la Tierra a ser accesibles a nuestra audacia, y con haber dejado por todas partes monumentos eternos en recuerdo de males y bienes. Tal es, pues, la ciudad por la que estos hombres han luchado y han muerto, oponiéndose noblemente a que les fuera arrebatada, y es natural que todos los que quedamos estemos dispuestos a sufrir por ella.

Por esto precisamente me he extendido en lo relativo a la ciudad, a fin de hacerlos entender que la lucha no tiene el mismo significado para nosotros y para aquellos que no disfrutaban de ventajas similares a las nuestras y, al mismo tiempo, a fin de esclarecer con pruebas el elogio de aquellos en cuyo honor estoy ahora hablando. Así pues, lo principal de este elogio ya está dicho, dado que las excelencias por las que he ensalzado nuestra ciudad son el ornamento que le han procurado las virtudes de estos hombres y de otros hombres como ellos; y no son muchos los griegos, como es el caso de estos, cuya alabanza pudiera encontrar correspondencia en sus obras. Me parece, asimismo, que el fin que estos han tenido es una demostración del valor de un hombre, bien como primer indicio, bien como confirmación final. Porque incluso en el caso de aquellos que fueron inferiores en otros aspectos es justo que se anteponga su bravura en la guerra luchando en defensa de su patria, pues borrarón el mal con el bien y el servicio que prestaron en beneficio público compensó sobradamente los perjuicios ocasionados por su actuación privada. Ninguno de estos hombres se acobardó prefiriendo seguir con el goce de sus riquezas ni trató de aplazar el peligro con la esperanza de su pobreza, de que conseguiría librarse de ella y se haría rico. Al contrario, considerando más deseable el castigo al adversario que aquellos bienes, y creyendo además que aquel era el más hermoso de todos los peligros, decidieron, haciéndole frente, castigar a los enemigos y seguir aspirando a los bienes, fiando a la esperanza lo incierto del éxito, pero juzgando preferible

de hecho, ante la inminencia del peligro, confiar en sí mismos; y llegado el momento, pensaron que era más hermoso resistir hasta la muerte que ceder para salvar la vida; evitaron así la vergüenza del reproche, afrontaron la acción a costa de su vida, y en un instante determinado por el destino, en un momento culminante de gloria, que no de miedo, nos dejaron.

Así es como estos hombres se mostraron dignos de nuestra ciudad; y es menester que los que quedan hagan votos por tener frente al enemigo una disposición que apunte a un destino más seguro sin consentir por ello ninguna pérdida de audacia. No debéis considerar la utilidad de esta actitud –sobre la que cabrían largas explicaciones que vosotros ya conocéis– solo a través de las palabras de un orador que exponga todos los beneficios que derivan de defenderse contra el enemigo; debéis contemplar, en cambio, el poder de la ciudad en la realidad de cada día y convertiros en sus amantes, y cuando os parezca que es grande, debéis pensar que quienes consiguieron este poder eran hombres audaces y conocedores de su deber, que en sus acciones se comportaban con honor y que, si alguna vez fracasaban en algún intento, no querían por ello privar a la ciudad de su valor, sino que le ofrecían la contribución más hermosa. Daban su vida por la comunidad recibiendo a cambio cada uno de ellos particularmente el elogio que no envejece y la tumba más insigne, que no es aquella en que yacen, sino aquella en que su gloria sobrevive para siempre en el recuerdo, en cualquier tiempo en que surja la ocasión para recordarlos tanto de palabra como de obra. Porque la Tierra entera es la tumba de los hombres ilustres, y no solo en su patria existe la indicación de la inscripción grabada en las estelas, sino que incluso en tierra extraña pervive en cada persona un recuerdo no escrito, un recuerdo que está más en los sentimientos que en la realidad de una tumba. Tratad, pues, de emular a esos hombres, y estimando que la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el coraje, no miréis con inquietud los peligros de la guerra. No son, en efecto, los desgraciados, para quienes no existe la esperanza de bien alguno, los que pueden despreciar la vida con más razón, sino aquellos que, al seguir viniendo, corren el riesgo de un cambio de fortuna desfavorable y para quienes, en caso de fracaso, las diferencias son enormes. Porque para un hombre con pundonor la degradación que acompaña a la miseria resulta más dolorosa que una muerte que sobreviene sin ser sentida en la plenitud de su vigor y de la esperanza colectiva.

Esta es la razón por la que ahora no me voy a dirigir a los padres de estos hombres, que asistís a este acto, con lamentaciones de compasión, sino con palabras de consuelo. Sabido es que la vida se va haciendo a través de vicisitudes de distinto signo, y la dicha es de quienes alcanzan la mayor nobleza con su muerte, como estos ahora, y con su dolor, como es vuestro caso, y de aquellos cuya vida fue medida para que la felicidad y el fin de sus días coincidieran. Me doy perfecta cuenta de que es difícil convencersos tratándose de vuestros hijos cuyo recuerdo os vendrá con frecuencia cuando asistáis a los momentos de dicha de los otros, momentos dichosos con los que también vosotros os regocijabais un día; y el dolor no procede de los bienes de los que uno se ve privado sin haberlos experimentado, sino de aquel del que uno ha sido poseído una vez habituado a él. Pero es preciso ser fuertes, siquiera por la esperanza de tener otros hijos, los que todavía estáis en edad de engendrarlos; en la vida privada los hijos que vendrán serán para algunos un motivo de olvido de los que ya no están con nosotros, y la ciudad saldrá beneficiada por dos razones: no perderá población y ganará en seguridad. Porque no es posible que tomen decisiones justas y equitativas quienes no afrontan el peligro exponiendo también a sus propios hijos, igual que los demás. Y cuando ya habéis pasado la edad, considerad como una ganancia el hecho de haber sido dichosos durante la mayor parte de vuestra vida, pensad que la parte que os queda será breve, y consolaos con el renombre de estos muertos. El amor a la gloria es, en efecto, lo único que no envejece, y en la época improductiva de la vida lo que da mayor satisfacción no son las ganancias, como dicen algunos, sino los honores.

Y para vosotros, hijos o hermanos de estos caídos que os encontráis aquí, veo que la lucha para estar a su altura será ardua, porque todo el mundo tiene costumbre de elogiar a quien ya no existe y, aun en el colmo del valor, difícilmente se os considerará no ya iguales, sino un poco por debajo de ellos. La envidia de los vivos, en efecto, se enfrenta a lo que se les opone, pero lo que no les supone ningún obstáculo es respetado con una

benevolencia sin oposición. Y es necesario que me refiera a la virtud femenina, a propósito de las que ahora vivirán en la viudez, lo expresaré todo con un breve consejo: si no os mostráis inferiores a vuestra naturaleza, vuestra reputación será grande, y será grande la de aquella cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres.

He expuesto, pues, con mis palabras todo lo que, de acuerdo con la costumbre, tenía por conveniente; en cuanto a los hechos, por lo que respecta a los hombres a los que damos sepultura, ya han recibido los honores funerarios, y por lo que respecta a sus hijos, de ahora en adelante la ciudad los mantendrá a expensas públicas hasta la adolescencia, ofreciendo así una útil corona, en premio de tales juegos, a los muertos y a los que quedan; pues las ciudades donde están establecidos los mayores premios al valor son también aquellas donde viven los mejores ciudadanos. Ahora, en fin, después de cumplir las lamentaciones en honor de los parientes respectivos, retiraos (Tucídides, 2000, p. 35-46).

21. CONSIDERACIONES DEL SOLEMNE DISCURSO DE PERICLES

El Discurso Fúnebre que Tucídides reproduce como pronunciado por Pericles tiene una forma peculiar de vincularse con el poder, particularmente con el que ejercía Pericles, estratega ateniense, partidario de llevar adelante y continuar la guerra contra Esparta que se había iniciado el año anterior.

Tucídides altera un tanto la estructura canónica del epitafio; este discurso sería algo así como la *aristeia*³ de Pericles, el primero de los ciudadanos, elegido estratega por muchos años. Sin embargo, como todo hombre de gobierno, tuvo que contender con una dura oposición. Por eso, en este discurso, se dirige a sus seguidores, contesta a los disidentes y procura atraerse el consenso de la mayoría de los ciudadanos con cuyo voto favorable necesita contar para continuar con su política de guerra. Posiblemente una parte de sus compatriotas estuviera desalentada por los resultados de ese primer año de la contienda; de ahí que Pericles busque ganarse su adhesión e intente conciliar todas las voluntades y organizarlas tras un objetivo común: engrandecer a Atenas y defenderla de sus enemigos.

Es muy posible que en este discurso la presencia de vocablos que aluden a distintas facciones políticas (aristócratas, demócratas progresistas, oligárquicos) no sea inocente, sino que haya sido pensada por el orador con la intención de ganarlos para su causa. Por esa razón, si bien la finalidad expresa del epitafio es el elogio de los muertos, en realidad Pericles aprovecha esta oportunidad en que es escuchado por todos los atenienses en un clima emocional para dar cuenta de los logros alcanzados con su programa de gobierno y su estrategia belicista. De esta forma procura presentar con las mejores vestiduras su pensamiento político, así como lo ejercido hasta el momento, y en función de esos logros busca la adhesión a sus planes para el futuro inmediato. Dice Pericles:

Pasaré por alto las gestas militares... No quiero extenderme... Explicaré, en cambio, antes de pasar al elogio de nuestros muertos, qué principios nos condujeron a esta situación de poder, y con qué régimen político y gracias a qué modos de comportamiento este poder se ha hecho grande (Tucídides, 2000).

De esta forma, observamos cómo este epitafio, que por tradición pertenece al género epidíctico, utiliza como tal los recursos que la retórica de aparato fue elaborando. Pero a diferencia de otros epitafios, pasa rápidamente las hazañas míticas e históricas de Atenas. Se explaya, en cambio, en subrayar los rasgos positivos de la democracia ateniense, y en particular los logros de su gestión como estratega.

En esta celebración de la Atenas que le es contemporánea la contraposición con «los otros», que son, en general, los no griegos, y en particular los espartanos, le permite destacar con mayor intensidad los beneficios del sistema de vida que se funda en la igualdad de los ciudadanos y en la libertad de espíritu, que es el bien más apreciado. En síntesis, Tucídides pone en boca de Pericles un epitafio, pero se sale de los márgenes del género y lo convierte en un discurso con una marcada intención persuasiva. Utiliza así los recursos y estrategias de la retórica al servicio de la consolidación de su política y de su poder.

3 *Aaristía* o *aristeía*: del griego antiguo *ἀριστεία*, “excelencia, superioridad individual”, es un bloque narrativo que celebra la gesta o hazañas de un héroe, que por la leyenda su nombre es glorificado y digno de ser cantado.

Tenemos aquí un claro ejemplo de palabras dichas para «hacer cosas» disimuladas bajo la aparente inocencia de un elogio destinado a causar placer a la multitud y consuelo a los deudos de los muertos a los que se honraba en esa ocasión.

La oración fúnebre afirma el ethos⁴ y el carácter democrático de Atenas. Se trata de un manifiesto político que expone la idea de democracia a través de los ojos de un antiguo. Será esta condición democrática la que permita a una ciudad Estado como Atenas adelantarse a las otras, y vanagloriarse además por los logros obtenidos. Pericles considera que la ciudad ateniense es de todas la más autárquica, tanto en lo referente a la guerra como a la paz. Las bondades de la democracia, van más allá de la retórica, su alcance se relaciona con la polis y con lo que esta llega a constituir en lo social, pero que arraigan en un modo de vivir, en una manera de conducirse en la ciudad.

La democracia es entonces modelo, elemento clave en la Atenas que perfila Pericles, cargada de una atmósfera donde la belleza, la sabiduría, el entendimiento, las deliberaciones, el aprendizaje, la reflexión, el conocimiento y la libertad le permiten sostener nada menos que *la ciudad es la escuela de Grecia*.

Sin democracia resultaría imposible obtener las elevadas cotas de autarquía y de libertad que Atenas muestra. Ella se eleva por encima de las fronteras para que desde los confines se le admire, se le imite y sirva como ejemplo a todas. Lleno de orgullo, Pericles reafirmará el valor de la constitución, que es mejor y que no envidia las leyes de los vecinos, por ser el modelo para algunas ciudades.

Para él la democracia cubre una serie de conductas, de acciones realizables por quienes se ubican bajo su sombra, las que de alguna manera podrían observarse como ingredientes fundamentales de lo democrático propiamente dicho.

Democracia es algo bello que implica nociones como sabiduría, entendimiento, deliberación, aprendizaje, conocimiento, que se vislumbra en el discurso aludido. Sin debate no existe democracia. La condición de individuos deliberantes, reflexivos que «conocen» (y se conocen a sí mismos) son cualidades indispensables e intrínsecas del ámbito democrático.

Pensar la democracia es pensar en el entendimiento, la reflexión y el conocimiento. En su discurso, Pericles propicia ese contacto, la democracia participa de la belleza, igualmente de la sabiduría, y asimismo del entendimiento, reflexión, deliberación, aprendizaje, conocimiento y libertad. En este preciso orden son usadas las palabras en el texto.

Pericles resulta un beneficiario sagaz cuando se trata de exponer lo que piensa, de acercarse al hecho cierto de convencer al otro llevando a cabo una tarea de persuasión lingüística que manipula retóricamente a quien lo escucha. Pericles maneja el discurso para producir el efecto deseado: referirse a la democracia como la suma de los valores que guarda.

Como político y como orador, Pericles obtiene lo que quiere: crea en el otro la imagen de una realidad gracias a las palabras. Pericles invita a dominar al tirano. La democracia como forma de vida, que es la manera en que este evidentemente la concibe, constituye una herramienta de primer orden para lograrlo, al punto de que el mismo Pericles, al hablar de ella describiéndola y dándonos a entender sus concepciones al respecto, se refiere a la «sabiduría» que gracias a ella el pueblo ateniense ha conquistado.

Pericles aboga por lecturas de la experiencia, suficientes para cultivar un destino mejor para los pueblos, en su poder discursivo en destacar a la democracia como sistema.

Pericles expresa: «Nosotros, en fin, los hombres que ahora mismo aún estamos en plena madurez...» (al respecto cabe acotar que tenía aproximadamente 64 años cuando realizó este discurso).

Sigue diciendo el estratega: «Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos y, *más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir*». Con estas palabras alude a Esparta, cuya constitución –se decía– fue imitada a la de Creta. El tema de la oposición entre el espíritu espartano y el ateniense reaparecerá, implícita o explícitamente, en muchos pasajes centrales del discurso.

4 Ethos: en la Grecia antigua significaba “costumbre, hábito; temperamento, carácter, modo de ser de un individuo”. Posteriormente, se tradujo al latín como mos y su plural moris, que pueden definirse como “costumbre o maneras permanentes de actuar o de comportarse”. El filósofo Cicerón tomó el adjetivo ethicós, referente a la costumbre, y acuñó el término moralis, de donde derivó moral.

Cuando dice «somos un modelo a seguir», probablemente esté aludiendo a Roma, que algunos años antes había enviado emisarios a Atenas con el propósito de aprender de su desenvolvimiento cívico. Algunos historiadores consideran que copiaron el modelo de las leyes de Atenas y las plasmaron en la Ley de las XII Tablas.

En cuanto al nombre de este régimen, puesto que la administración se ejerce en favor de la mayoría, y no de unos pocos, se lo ha llamado *democracia*.

Si bien está recordando a los fallecidos, no evita destacar el bienestar habitual en el que se encuentran sus habitantes: «... hemos procurado a nuestro espíritu muchísimos esparcimientos... Tenemos... casas privadas... todo tipo de productos de toda la Tierra son importados...». Posiblemente hace alusión a la vida en Esparta donde la posesión de riquezas estaba oficialmente prohibida.

Continúa el estratego: «... nuestra ciudad está abierta a todo el mundo, y en ningún caso recurrimos a las expulsiones de extranjeros». Nuevamente alude a Esparta, tradicionalmente xenófoba, que no tenía metecos, es decir, colonos o extranjeros naturalizados. Los extranjeros permanecían como tales y podían ser desterrados al arbitrio de los éforos⁵.

Agrega: «... Y en... los métodos de educación, mientras que ellos, desde muy jóvenes, tratan de alcanzar la fortaleza viril mediante un penoso entrenamiento...». Se refiere a la disciplina espartana en la educación de los jóvenes que era rigurosa y exigente en cuanto a fuerza y destreza física. Se entrenaban a partir de los siete años, a varones y mujeres, y se los sometía al rigor de la naturaleza y a sobrevivir en situaciones y condiciones extremas.

En su exaltación de la grandeza ateniense, trata de menoscabar a los espartanos destacando que no realizan sus expediciones militares contra el territorio ateniense sin la compañía de otros, junto a todos sus aliados; en cambio, los atenienses, aun invadiendo solos tierra enemiga y combatiendo en suelo extraño contra quienes defienden lo suyo, la mayor parte de las veces se llevan la victoria sin dificultad. Los atenienses eran insuperables en el mar y, por contar con la mayor flota marítima de su tiempo, eran incomparables en la guerra. Esparta no contaba con navíos, su éxito en las batallas se debía a la destreza, fuerza y agilidad de la infantería, lo que los hacía insuperables en un combate cuerpo a cuerpo.

Pericles sostiene: «Somos... los únicos que a quien no toma parte en estos asuntos lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil». Con lo cual reafirma la importancia que tiene el ciudadano ateniense porque participa en las tareas de la comunidad. En Atenas, el ciudadano estaba obligado a participar en los asuntos públicos, que primero era una carga ad honorem y, luego, con Pericles pasó a tener una remuneración. Los hombres, con el estatus de ciudadanos, dejaban su trabajo cotidiano en manos de su esposa –administradora de la economía de la casa– y de los esclavos. Era el hombre el que actuaba en política y en las deliberaciones de la Asamblea, ya que la mujer tenía su lugar y trabajo en la casa, y no participaba de los asuntos de la polis, ya que eran incultas (analfabetas) en su gran mayoría.

Cuando dice: «Somos los únicos... que prestamos nuestra ayuda confiadamente, no tanto por efectuar un cálculo de la conveniencia como por la confianza que nace de la libertad...» está omitiendo que, en la realidad, las veces que Atenas prestó auxilio militar a otro Estado griego fue por razones de conveniencia política, económica, estratégica y militar. Sin dudas habla desde su mirada de vencedor, ya que los sometidos debían sufrir el yugo y el asedio de la flota ateniense, que les cerraba los puertos y les impedía toda posibilidad de ejercer el comercio y de obtener recursos suficientes para abastecer a sus habitantes y, además, a pesar de sus limitaciones económicas, debían pagarles un voluminoso tributo a los atenienses.

«Y dado que mostramos nuestro poder con pruebas importantes, y sin que nos falten los testigos, seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras...». Si bien se está refiriendo a la importante victoria sobre el Imperio persa con su poderío naval y destreza en la navegación, no podemos negar la influencia ateniense en la arquitectura, la lengua, la filosofía y en todo nuestro bagaje cultural que tiene sus raíces en Grecia.

También es digno de destacar la frialdad del consuelo a los familiares de los caídos, en contraste con el calor de las palabras pronunciadas acerca de la grandeza de Atenas y los ideales de su ciudadanía.

5 Éforo: (del griego Ἐφορος, "aquel que supervisa") era el nombre dado a ciertos magistrados de los antiguos estados dorios de Grecia. Entre ellos, los más importantes eran los éforos de la antigua Esparta.

22. CONCLUSIÓN

Considerar la historia de Grecia, con sus aportes culturales elaborados durante siglos y que, en el siglo XXI, tienen vigencia y siguen siendo tema de investigación, es una tarea monumental que no es fácil ni simple de realizar.

Este trabajo es el inicio de una investigación que debe ser continuada, elaborada con el tiempo, analizada y reflexionada con nuevos aportes culturales que surjan en el mundo. Incluso hacer una relectura de la labor cumplida para este trabajo arrojará nuevas revisiones y reelaboraciones, incorporar nuevas consideraciones desechadas o no encontradas al momento de planificar la investigación.

El análisis efectuado al discurso de Pericles es un esbozo que recién comienza y lleva implícito que, por la riqueza de la fuente, debe seguir analizándose, tomando otros elementos que no han sido apreciados, en cuanto a costumbres, personajes, hombres y mujeres, pueblos, gobiernos, mentalidades de ideas y prejuicios que se mencionan, y que ameritan, por su riqueza intelectual, seguir profundizando en el conocimiento y análisis de otras fuentes, para completar y dar el contexto que sirva de marco justo y algo acabado.

Sin duda, el discurso que brillantemente pronunció Pericles puede hablar y ser utilizado por estadistas y políticos del momento, ya que es habitual, en el mundo entero, que los actuales gobernantes al pronunciar unas palabras sobre un hecho o en una conmemoración nos recuerden lo maravilloso que es nuestro país, o las bondades de nuestro sistema de gobierno (el que sea que rija), y la excelente obra que han realizado, por supuesto que siempre nos recuerdan al final que debemos seguir trabajando y cumpliendo con nuestra tarea, en aras de lograr una mejor comunidad para engrandecer el país ante el mundo y dar muestra de que somos los mejores, como ejemplo y modelo a seguir para el mundo.

Si bien esta investigación se centra en un discurso político, intenta dar herramientas previas de conocimiento a quienes se inician en el ejercicio de la abogacía y las ciencias políticas. El saber cómo estructurar un alegato para demostrar la inocencia o la disminución de una pena o elaborar un discurso de defensa o ataque de un proyecto de ley para convencer a la oposición para que otorgue su voto favorable o negativo es fundamental para el abogado o el político-legislador. El poder de persuasión es un don, pero también es un arte, que tiene una técnica que debe ser asimilada y aprehendida y con la lectura, el ensayo, la prueba y error contribuyen a que ese dominio y control de la mentalidad y emociones del auditorio sea una realidad para lograr los fines que se propone cada profesional. Primero escrito, luego internalizado, con recursos vocales apropiados, el éxito de la exposición estará asegurado.

Evidentemente Tucídides se asombraría de ver la increíble vigencia del discurso que transcribió, más o menos textual (no sabemos), y recordaría que presagió que su obra era para la posteridad, para que continuara resonando y siguiera analizándose, juzgándose y, tal vez, habrá pensado, usándose.

Decir que se podrá alguna vez concluir totalmente una investigación sobre Grecia será imposible, una utopía, porque siempre que exista una mente que le guste la antigüedad y sus fuentes habrá algo más que investigar, rever, releer y decir de ese pasado tan lejano, pero que está tan vigente y vívido en el presente que existimos y en el cual lo recreamos.

BIBLIOGRAFÍA

- Akal (1974). *Historia del mundo antiguo. Grecia*. España, Madrid: Akal. Vol. 14 a 22.
- Albaladejo Mayordomo, T. (2006). «Retórica del periodismo digital». En *Retórica, literatura y periodismo*, José Antonio Hernández Guerrero, Ma del Carmen García Tejera, Isabel Morales Sánchez y Fátima Coca Ramírez (eds.). España, Cádiz: Universidad de Cádiz, (p. 25-34)
- Albaladejo-Mayordomo, Tomás. (1989). *Retórica*. España, Madrid: Síntesis.
- Aristóteles (1951). *El arte de la retórica*. Argentina, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Aristóteles (1995). *Retórica*. España, Madrid: Gredos.
- Asensi Pérez, m. (1998). *Historia de la Teoría de la Literatura*. España, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Bartra, Roger. (1996). *Las redes imaginarias del poder político*. México: Océano.
- Betti, E. (1975). *La interpretación de la ley y de los actos jurídicos*. España, Madrid: Editoriales de Derecho Reunidas.
- Beuchot, M. (1998). *La retórica como pragmática y hermenéutica*. España, Barcelona: Anthropos.
- Blázquez, J., López Melero, R., Sayas, J. (1989). *Historia de la Grecia antigua*. España, Madrid: Cátedra.
- Bobes, C., Baamonde, G., Cueto, m., Frechilla, E. Y Marful, I., Capdevila Gómez, A. (2002), «Avatares históricos de la retórica». Capítulo 2 de la Tesis Doctoral *El análisis del nuevo discurso político. Acercamiento metodológico al estudio del discurso persuasivo audiovisual*. Universitat Rovira i Virgili (Tarragona). Recuperado de <http://www.tdr.cesca.es>
- Bowra, C. (1970). *La Atenas de Pericles*. España, Madrid: Alianza.
- Camps, Victoria. (2001). *Introducción a la filosofía política*. España, Barcelona: Crítica.
- Cataudella, Q. (1967). *Historia de la literatura griega*. España, Madrid: Iberia.
- Del Río Sanz, E., Fernández López, J. (2000). «La oratoria». En *Arbil, anotaciones de pensamiento y crítica*. Argentina, La Rioja: Tierra Abierta.
- De Romilly, Jacqueline. (1997). *Los grandes sofistas en la Atenas de Pericles*. España, Barcelona: Planeta.
- Finley, M. (1981). *Estudios sobre historia antigua*. España, Madrid: Akal.
- Finley, M. (1983). *El legado de Grecia*. España, Barcelona: Crítica.
- Finley, M. (1992). *Los griegos de la antigüedad*. España, Labor. Barcelona.
- García Berrio, A., Hernández Fernández, T. (1994). *La poética: tradición y modernidad*. España, Madrid: Síntesis.
- González Bedoya, J. (1990). *Tratado histórico de retórica filosófica. Aportaciones a la postmodernidad desde la teoría de la argumentación*. España, Madrid: Nájera.
- Grijelmo, Álex. (2002). *La seducción de las palabras*. España, Madrid: Santillana.
- Grupo M, (1987). Trad. Juan Victorio. *Retórica general*. España, Barcelona: Paidós.
- Havelock, E. A. (1996). *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. España, Barcelona: Paidós.

- Hesíodo. (2000). Trad. Adelaida Martín Sánchez y María Martín Sánchez. *Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen*. España: Alianza.
- Homero. (2000). *La Ilíada*. España, Barcelona: Océano.
- Iglesias Zoido, J. C. (1992). «La historia de la guerra del Peloponeso y la retórica griega del siglo V a. de C.». En *Teoría, crítica e historia literaria*. José Antonio Hernández Guerrero (ed.), Seminario de Teoría de la Literatura. España, Cádiz.
- Jaeger, W. (1983). *Paideia*. México: FCE.
- Laborda, X (1993). *De retórica. La comunicación persuasiva*. España, Barcelona: Barcanova.
- Lesky, A. (1968). *Historia de la literatura griega*. España, Madrid: Gredos.
- Leveque, P. (1968). *La aventura griega*. España, Barcelona: Labor.
- López de Hernández. N. (1979). *Manual de historia y cultura de la Grecia antigua*. Argentina, Bs. As.: Plus Ultra.
- Maffre, J. (1991). *El siglo de Pericles*. Argentina, Bs. As.: Losada.
- Mortara Garavelli, B. (1991). *Manual de retórica*. España, Madrid: Cátedra.
- Murphy, J. J. (Ed.) (1988). *Sinopsis histórica de la retórica clásica*. España, Madrid: Gredos.
- Bonnard, André (1970). *Civilización griega. De La Ilíada al Partenón*. Argentina, Bs. As.: Sudamericana.
- Ong, W. J. (1996). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Paraíso, Isabel (1999). «Los géneros retóricos: clases de discurso y constituyentes textuales». España, Valladolid: Téchnē rhetoriké, Universidad de Valladolid, p. 55-64.
- Platón (1981). *Diálogos*. Vol. I: Protágoras. España, Madrid: Gredos.
- Platón. (1983). *Diálogos*. Vol. III, 1983: Gorgias. España, Madrid: Gredos.
- Ruiz de la Cierva, María del Carmen (2007). «Los géneros retóricos desde sus orígenes hasta la actualidad». Conferencia pronunciada en las Jornadas Questões de Retórica Contemporânea, Universidade da Beira Interior, Departamento de Comunicação e Artes, Covilhã Portugal. Revista Rhêtorikê e da wiki Quick Rhêtorikê. Universidad CEU San Pablo de Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- Sánchez Sanz, J. (1989). *Retórica a Alejandro, de Anaxímenes de Lámpsaco*. España, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Spang, K. (1984). *Fundamentos de retórica*. España, Pamplona: Universidad de Navarra.
- Tucídides (2000). *Discurso fúnebre de Pericles*. Recuperado de <http://www.sequitur.es/wp-content/uploads/2010/09/el-discurso-funebre>
- Tucídides (1992). *Historia de la guerra del Peloponeso. Obra Completa*. España, Madrid: Gredos.
- Vilain, Roger (2006). *Espéculo. Revista de estudios literarios*. España, Madrid: Universidad Complutense.
- Vilches Vivancos, Fernando (coord.) (2006). «Creación neológica y retórica en la comunicación digital». España, Barcelona: Ariel.
- Walker, J. (1997). *La Grecia antigua*. España, Madrid: M. E.
- Warner, R. (1989). *Pericles, el ateniense*. Argentina. Bs. As.: Sudamericana.

ADELA ROSA QUIROGA es Lic. en Historia por la Facultad de Filosofía, Humanidades y Arte de la Universidad Nacional de San Juan. Es especialista en docencia universitaria y alumna de la carrera de Abogacía de la Universidad de Congreso (Sede San Juan).